



**¿Qué influencia ejercen en nosotros la naturaleza humana y la diversidad cultural?**

Genes, evolución y comportamiento  
Cultura y comportamiento  
Papeles sociales

**¿Qué explica las diferencias y semejanzas de género?**

Independencia frente a vinculación  
Dominancia social  
Agresión  
Sexualidad

**Evolución y género: ¿qué es lo natural?**

Preferencias de género y apareamiento  
Género y hormonas  
Reflexiones sobre la psicología evolutiva

**Cultura y género: el dictado de la cultura**

Los papeles de género varían con la cultura  
Los papeles de género cambian con el paso del tiempo  
Cultura transmitida por los pares

**Conclusiones**

Biología y cultura  
El poder de la situación y la persona

***Post scriptum* personal: ¿Debemos vernos a nosotros mismos como resultados o como creadores de nuestro mundo social?**

## capítulo 5

# Genes, cultura y género

**“Reconocemos que somos producto de varias culturas, tradiciones y recuerdos; que el respeto recíproco nos permite estudiar y aprender de otras culturas, y que nos fortalecemos al combinar lo extranjero con lo familiar.”**

*Kofi Annan, secretario general de la ONU, en la entrega del Premio Nobel de la Paz 2001.*

**m**ientras se acercan a la Tierra, desde años luz de distancia, los científicos extraterrestres encargados de estudiar al *Homo sapiens* sienten aumentar su emoción. Su cometido consiste en observar dos seres humanos elegidos al azar. Su primer sujeto, Jan, es un combativo abogado de Los Ángeles, quien creció en Nashville pero se mudó al oeste de Estados Unidos en busca del “estilo californiano”. Después de una aventura y un divorcio, Jan disfruta su segundo matrimonio. Sus amigos lo consideran un pensador independiente, confiado, competitivo y algo dominante.

El segundo sujeto de observación es Tomoko, quien vive con su esposo y sus dos hijos en una población rural de Japón, a un paso de las casas de los abuelos. Tomoko se siente orgullosa de ser buena hija, esposa fiel y madre protectora. Sus amistades dicen que es amable, gentil, respetuosa, sensible y que apoya a sus familiares lejanos.

A partir de esta pequeña muestra de dos personas de género y cultura diversos, ¿qué concluirían nuestros científicos extraterrestres sobre la naturaleza humana? ¿Se preguntarían si pertenecen a dos subespecies distintas, o se sorprenderían con las profundas semejanzas que hay detrás de las diferencias superficiales?

La pregunta que se formulan nuestros exploradores extraterrestres es la misma que se hacen los científicos terrestres contemporáneos: ¿cuáles son las diferencias y las semejanzas entre los seres humanos? Esta interrogante es crucial en un mundo en el que la heterogeneidad social se ha convertido, como señaló el historiador Arthur Schlesinger (1991), en “el problema explosivo de nuestro tiempo”. En un mundo desgarrado por diferencias culturales, ¿podemos aprender a aceptar nuestra disimilitud, a valorar nuestras identidades culturales y a reconocer la extensión de nuestro linaje humano? Me parece que sí. Para saber por qué, consideremos las raíces evolutivas y culturales de nuestra humanidad, y veamos cómo nos sirven para entender las semejanzas y diferencias de género.

## ¿Qué influencia ejercen en nosotros la naturaleza humana y la diversidad cultural?

*En la observación de las semejanzas y diferencias de los seres humanos dominan dos puntos de vista: una perspectiva evolutiva, que subraya el linaje humano, y una cultural, que acentúa la diversidad. Casi todos están de acuerdo en que ambos puntos de vista son necesarios: nuestros genes diseñan un cerebro humano adaptado, un disco duro en el que se graba el software de la cultura.*

En varios aspectos importantes, Jan y Tomoko son más parecidos que diferentes. Como miembros de una gran familia con los mismos antepasados, no sólo tienen en común una biología, sino que también comparten tendencias de comportamiento. Los dos perciben el mundo, sienten sed y aprenden a hablar por medio de mecanismos idénticos. Jan y Tomoko prefieren los sabores dulces a los amargos y dividen el espectro visual en colores similares. Ellos y sus semejantes en todo el planeta saben cómo interpretar los gestos de enojo y las sonrisas de los demás.

Jan y Tomoko (y los seres humanos en todas partes) son criaturas intensamente sociales. Se adhieren a grupos, se conforman y reconocen distinciones de posición social. Devuelven los favores, castigan las ofensas y se duelen de la muerte de un niño. En la infancia, a partir de los ocho meses de edad, manifiestan temor a los desconocidos, y de adultos favorecen a los miembros de sus propios grupos. Reaccionan de manera cauta o negativa ante personas con opiniones o atributos disímiles. Nuestros científicos extraterrestres podrían aterrizar donde fuera y encontrarían gente que festeja y baila, ríe y llora, canta y reza. En todos lados los seres humanos prefieren vivir con otros, en familias o en grupos comunitarios, antes que estar solos. El antropólogo Donald Brown (1991, 2000) identificó centenas de comportamientos y patrones de habla universales. Para señalar, como ejemplo, los que empiezan con “v”, todas las sociedades humanas tienen verbos, ejercen la violencia, se visitan y pronuncian vocales.

Estos rasgos comunes definen nuestra naturaleza humana común. Bajo la piel, todos somos iguales.

## GENES, EVOLUCIÓN Y COMPORTAMIENTO

Las conductas universales que definen la naturaleza humana proceden de nuestro parecido biológico. En general, los antropólogos piensan que hace unos cien mil años todos los seres humanos éramos africanos. Por el impulso de “crecer y multiplicarse y poblar la Tierra”, muchos de nuestros antepasados salieron de África y desplazaron a sus primos, como en Neandertal, en Europa. Al adaptarse a sus nuevos ambientes, adquirieron diferencias que, medidas en escalas antropológicas, son relativamente recientes y superficiales. Quienes se quedaron en África tenían la piel más pigmentada: “bloqueador solar para los trópicos” (Pinker, 2002). Los que se fueron, por ejemplo,

muy al norte del ecuador evolucionaron con una piel más clara, capaz de sintetizar vitamina D con menos luz solar directa. Pero, históricamente, todos somos africanos.

En efecto, éramos africanos hace tan poco, cuando nuestros antepasados se reducían a unos cuantos, que “no ha habido tiempo suficiente para acumular muchas versiones nuevas de los genes”, observa Steven Pinker (2002, pág. 143). Así, si nuestros científicos extraterrestres estudiaran nuestros genes, todos (incluidos Jan y Tomoko) les pareceríamos notablemente semejantes, como miembros de una tribu. Somos más numerosos que los chimpancés, aunque ellos tienen mayor variedad genética.

Para explicar las características de nuestra especie (y de todas las demás) el naturalista inglés Charles Darwin (1859) postuló un proceso evolutivo. Sigamos a los genes, aconsejaba. Cuando un organismo varía, la naturaleza elige a los mejor equipados para sobrevivir y reproducirse en un entorno específico. Los genes que predisponen las características que aumentan las probabilidades de tener descendientes se hacen más abundantes. Por ejemplo, en el nevoso Ártico, los genes de los osos polares que ganaron la competencia genética, y que ahora predominan, son los que programan un grueso pelaje blanco que es útil para el camuflaje. Este proceso de **selección natural**—que desde hace mucho es un principio de organización en la biología—, recientemente se ha convertido también en una base importante de la psicología.

La **psicología evolutiva** estudia cómo la selección natural predispone no sólo las características físicas apropiadas para determinados contextos (el pelaje de los osos polares, el sonar de los murciélagos, la visión cromática de los seres humanos), sino también rasgos psicológicos y comportamientos sociales que favorecen la conservación y propagan los genes. Las personas somos lo que somos, dicen los psicólogos evolutivos, porque entre los descendientes de nuestros antepasados la naturaleza escogió a los que tenían nuestras características; por ejemplo, a los que preferían alimentos nutritivos y energéticos y que no gustaban de sabores agrios, amargos y a menudo tóxicos. Quienes no manifestaban estas preferencias tenían menos probabilidades de sobrevivir para heredar sus genes a la posteridad. A manera de máquinas móviles de genes, portamos el legado de las preferencias de adaptación de nuestros antepasados. Preferimos lo que les servía para sobrevivir, reproducirse y cuidar a sus crías, para que se perpetuaran y reprodujeran. En términos biológicos, una de las principales finalidades de la vida es dejar nietos. “El propósito del corazón es bombear sangre”, afirma el psicólogo evolutivo David Barash (2003), quien agrega: “La finalidad del cerebro” es regir nuestros órganos y nuestra conducta “de forma tal que aumente al máximo nuestro éxito evolutivo. Así es”.

La corriente evolutiva subraya nuestra naturaleza humana universal. No sólo tenemos ciertas preferencias alimentarias, sino que también compartimos respuestas ante preguntas sociales como: ¿En quién confío y a quién le temo? ¿A quién ayudo? ¿Cuándo y con quién debo aparearme? ¿A quién me someto y a quién puedo controlar? Los psicólogos evolutivos afirman que nuestras respuestas emocionales y conductuales son las mismas que les sirvieron a nuestros antepasados.

Como estas tareas sociales son comunes a la gente en todo el mundo, los seres humanos de todas partes coincidimos en las respuestas. Por ejemplo, todos clasificamos a los demás por su autoridad y posición. Todos tenemos ideas sobre la justicia económica (Fiske, 1992). Los psicólogos evolutivos destacan estas características universales, que evolucionaron por selección natural. No obstante, en cada cultura se fijan reglas particulares para normar estos elementos de la vida social.

## CULTURA Y COMPORTAMIENTO

Quizá nuestra semejanza más importante, lo que distingue a nuestra especie, es la capacidad de aprender y adaptarnos. La evolución nos preparó para llevar una vida creativa en un mundo cambiante, y para adaptarnos a medios que van de las selvas

### selección natural

*Proceso evolutivo por el que la naturaleza elige las características que mejor facultan a los organismos para sobrevivir y reproducirse en nichos particulares del ambiente.*

### psicología evolutiva

*Estudio de la evolución del comportamiento que utiliza los principios de la selección natural.*

“La psicología se asentará en nuevos cimientos.”

—Charles Darwin, *El origen de las especies*, 1859.

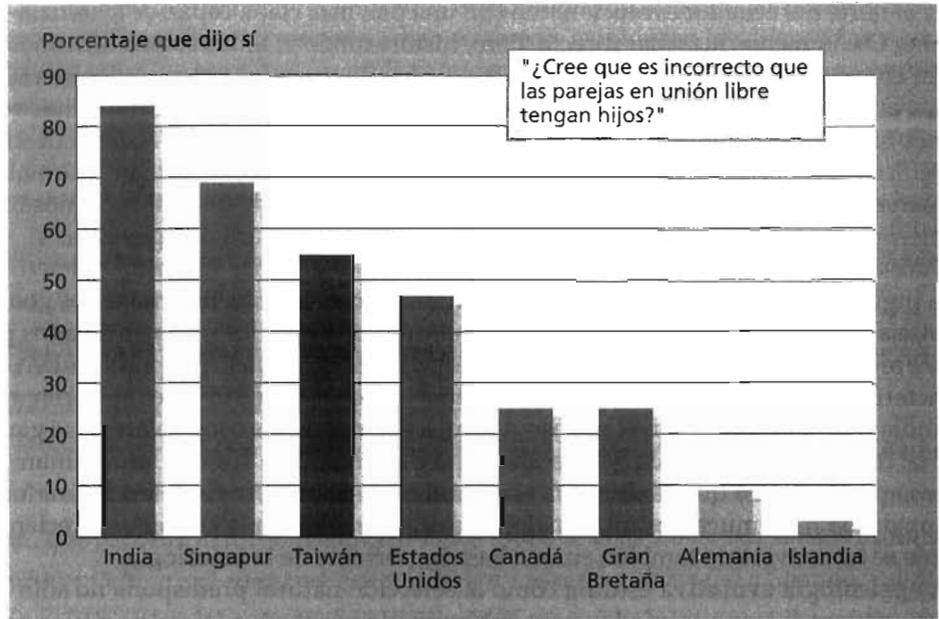
De alguna manera, los que se adhieren al lado de la “crianza” en la polémica se asustan solos con la fuerza y lo inevitable de los genes, y se pierden la principal de todas las lecciones: los genes están de su lado.”

—Matt Ridley, *Nature via Nurture*, 2003.

figura 5-1

**La cultura importa.**

Estas respuestas a una encuesta de World Gallup ilustran nuestra diversidad cultural. Fuente: Gallup y Lindsay, 1999.



**cultura**

*Formas de comportamiento, ideas, actitudes y tradiciones duraderas compartidas por un grupo grande de personas y transmitidas de una generación a la siguiente.*

“Yérguete, mono bípedo. El tiburón te superará al nadar, el chita al correr, el vencejo al volar, el capuchino al trepar; el elefante es más fuerte que tú y la secoya te sobrevivirá. Pero tú tienes el mayor de los dones.”

—Richard Dawkins, *The Devil's Chaplain*, 2003.

ecuatoriales a las tierras heladas del Ártico. A diferencia de las abejas, los pájaros y los perros bulldog, la naturaleza nos tiene amarrados con una correa genética más floja. Así, curiosamente, nuestra biología humana común posibilita la diversidad cultural. Permite que los miembros de una **cultura** valoren la presteza, reciban con agrado la franqueza o acepten el sexo prematrimonial, al tiempo que los integrantes de otra rechazan estas actitudes (figura 5-1). Que equiparemos la belleza con la esbeltez o con unas formas bien proporcionadas depende de cuándo y dónde vivimos. Que definamos la justicia social como igualdad (que todos reciban lo mismo) o como equidad (los que produzcan más recibirán más) depende de que sea el marxismo o el capitalismo lo que dé forma a nuestra ideología. Que seamos expresivos o reservados, relajados o formales, tiene que ver en parte con que vivamos en una cultura africana, europea o asiática.

La psicología evolutiva incorpora las influencias del ambiente. Los seres humanos hemos sido elegidos no sólo por el tamaño de nuestro cerebro y nuestros bíceps, sino también por nuestras capacidades sociales. Nacemos listos para aprender a hablar y a vincularnos y para cooperar con otros, para conseguir comida, cuidar a los jóvenes y defendernos. Por consiguiente, la naturaleza nos predispone a aprender, cualquiera que sea la cultura en la que nos criemos (Fiske y otros, 1998). La perspectiva cultural, si bien acepta que toda conducta requiere de nuestros genes evolucionados, destaca la adaptabilidad humana.

**Diversidad cultural**

La variedad de nuestros idiomas, usos y comportamientos expresivos indica que buena parte de nuestra conducta se programa a través de la sociedad, y no por medio de nuestra constitución natural. Los genes no son planos fijos: su expresión depende del ambiente (Lickliter y Honeycutt, 2003). De esta manera, nuestra correa genética es larga. Como observó el sociólogo Ian Robertson (1987),

los estadounidenses comen ostras, pero no caracoles. Los franceses comen caracoles, pero no grillos. Los zulúes comen grillos, pero no peces. Los judíos comen peces, pero no cerdos. Los hindúes comen cerdos, pero no reses. Los rusos comen reses, pero no serpien-

tes. Los chinos comen serpientes, pero no personas. A los jalés de Nueva Guinea les parece que las personas son deliciosas (pág. 67).

Si todos viviéramos en grupos étnicos homogéneos en regiones apartadas del mundo, como ocurre todavía con algunos pueblos, la diversidad cultural sería menos importante en nuestra vida diaria. En Japón, donde viven 127 millones de personas, de las cuales 126 millones son japonesas, las diferencias culturales internas son mínimas, en comparación con las de Los Ángeles, donde las escuelas públicas han tenido que lidiar con 82 diferentes idiomas (Iyer, 1993).

La diversidad cultural que nos rodea es creciente. Vivimos cada vez más en una aldea global y estamos unidos a nuestros vecinos aldeanos mediante el correo electrónico, los aviones jumbo y el comercio internacional. Los pantalones vaqueros "estadounidenses" fueron inventados por el inmigrante alemán Levi Strauss, al combinar el genés —el estilo de pantalones de los marineros genoveses— con tela para indumentaria de trabajo traída de un pueblo francés (Legrain, 2003). Alguna autoridad anónima ha dicho que la muerte de la princesa Diana ejemplifica la globalización: "Una princesa inglesa, con un novio egipcio, se estrelló en un puente francés, a bordo de un coche alemán, con motor holandés, manejado por un belga embriagado de whisky escocés y perseguido por fotógrafos italianos, montados en motocicletas japonesas. La princesa fue atendida por un médico estadounidense, con medicamentos de Brasil." También dentro de las naciones hay diversidad cultural. El Reino Unido, Canadá, Estados Unidos y Australia poseen una cultura nacional con un idioma principal, medios de comunicación de cobertura local, días de fiesta patrióticos y sistemas políticos democráticos. Pero también tienen culturas regionales, caracterizadas por poblaciones aglutinadas de inmigrantes, idiomas diversos y climas variados, dialectos y valores. Por ejemplo, en Estados Unidos, el valor que se concede en Nueva Inglaterra a la liberalidad y la autonomía ("Vivir libre o morir" es el lema de Nueva Hampshire) difiere del que dan los sureños a la cordialidad, la cooperación y el honor (Plaut y colaboradores, 2002).

Hoy las migraciones y las recepciones de refugiados mezclan las culturas más que nunca. "Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, y nunca se reunirán", asentó Rudyard Kipling, escritor inglés del siglo XIX. Pero en la actualidad, Oriente y Occidente, lo mismo que norte y sur, se encuentran todo el tiempo. Italia es el hogar de muchos albaneses, Alemania de turcos, e Inglaterra de paquistaníes, y el resultado son gestos de amistad y de odio. También, en el caso de estadounidenses y los australianos, sus países son cada vez más una mezcla de culturas. Uno de cada seis canadienses es inmigrante. Cuando trabajamos, jugamos y vivimos con personas de otros orígenes, es útil entender cómo nos influye nuestra conducta y apreciar las diferencias culturales importantes. En un mundo dividido por conflictos, la paz verdadera exige respeto por las diferencias y apreciación de las semejanzas.

Para darnos cuenta del efecto de nuestra propia cultura basta confrontarnos unos a otros. Los hombres estadounidenses se sienten incómodos cuando los jefes de los



*Mezcla de culturas. Como lo ilustran estas escolares inglesas (una con herencia musulmana y la otra anglosajona), la inmigración y la globalización reúnen culturas antes distanciadas.*



"Las mujeres se despiden de beso de las mujeres. Los hombres se despiden de beso de las mujeres. Pero los hombres no se despiden de beso de los hombres, sobre todo en este pueblo."

Aunque algunas normas son universales, toda cultura tiene las suyas propias, reglas sobre las conductas sociales aceptadas y esperadas. Copyright © The New Yorker Collection, 1979, J. B. Handelsman, tomado de cartoonbank.com. Todos los derechos reservados.

## normas

Reglas sobre el comportamiento aceptado y esperado. Las normas prescriben la conducta "apropiada" (en otro sentido de la palabra, las normas también describen lo que la mayoría hace, lo que es normal).

que tenemos que saltar afuera de ella para comprender su influencia. "Cuando vemos a otros holandeses comportándose de una forma que los extranjeros llamarían 'a la holandesa' —dicen Willhem Koomen y Anton Dijker (1997), psicólogos de Holanda—, por lo regular no nos damos cuenta de que esa conducta es característica de los Países Bajos."

No hay mejor manera de aprender las normas de nuestra cultura que visitar otra y ver que sus integrantes hacen las cosas a *su* modo, mientras que nosotros las hacemos al *nuestro*. Cuando viví en Escocia confesé a mis hijos que, en efecto, los europeos comen la carne con el tenedor cara abajo y con la mano izquierda. "Pero los estadounidenses consideramos que lo educado es cortar la carne y pasar el tenedor a la mano derecha. Admito que es ineficiente, pero así lo hacemos *nosotros*."

A quienes no aceptan otras normas, éstas les parecen arbitrarias y restrictivas. En la mayor parte de Occidente el velo de las musulmanas parece restrictivo y arbitrario, pero no así en aquellos contextos. Pero así como una obra de teatro avanza sin tropiezos cuando los actores se saben sus parlamentos, el comportamiento social se manifiesta sin contrariedades si la gente está consciente de lo que se espera. Las normas lubrican la maquinaria social. En situaciones desconocidas, cuando no están claras, observamos la conducta de los demás y actuamos en consecuencia. Cuando un individualista visita una cultura de tipo colectivo (o al contrario), al principio se sentirá ansioso y consciente de sí mismo (véase el capítulo 2). En las situaciones conocidas, las palabras y los actos nos salen sin esfuerzo.

En las culturas también varían las normas de expresividad y espacio personal. A alguien perteneciente a una sociedad relativamente formal del norte de Europa, una persona cuyas raíces son de alguna expresiva cultura del Mediterráneo le parecería "cálida, cordial, encantadora, ineficiente y divagadora". Al individuo del Mediterráneo, el nórdico le resultaría "eficiente, frío y demasiado preocupado por el tiempo"

gobiernos de Medio Oriente saludan al presidente de su país con un beso en la mejilla. Algún estudiante alemán, acostumbrado a hablar poco con "Herr Professor" [el "señor profesor"], consideraría raro que en mi institución las puertas de los cubículos de la mayoría de los catedráticos estén abiertas, y que los alumnos se presenten libremente. Una estudiante iraní, durante su primera visita a un restaurante McDonald's, hurga en la bolsa de papel buscando los cubiertos, hasta que ve que los demás clientes se comen sus papas a la francesa nada menos que con las manos. En muchas regiones del mundo, los mejores modales de usted y míos serían graves faltas a la etiqueta. Los extranjeros que viajan a Japón luchan para dominar las reglas del juego social: cuándo quitarse los zapatos, cómo servir el té, cuándo dar y abrir los regalos, cómo actuar con alguien de mayor o menor jerarquía social.

## Normas: comportamiento esperado

Como lo ejemplifican las reglas de buenos modales, todas las culturas tienen sus ideas acerca de la conducta apropiada. A menudo vemos estas expectativas sociales, las **normas**, como una fuerza negativa que restringe a la gente, en un esfuerzo ciego por perpetuar las tradiciones. Efectivamente, ellas nos constriñen y controlan, y lo hacen tan bien y con tal sutileza que apenas nos percatamos de que existen. Como los peces en el mar, estamos tan inmersos en nuestra cultura

(Triandis, 1981). Los ejecutivos de las empresas latinoamericanas que llegan tarde a una cena de negocios se sienten perplejos por la obsesión de sus colegas estadounidenses sobre la puntualidad.

El **espacio personal** es una especie de burbuja portátil o zona de amortiguamiento que queremos mantener entre nosotros y los demás. El tamaño de la burbuja cambia con la situación. Con los desconocidos extendemos un espacio personal grande y nos separamos a una distancia de más de un metro. En los autobuses despejados, en baños o en librerías defendemos nuestro sitio y respetamos el de los demás, y sólo dejamos que nuestros amigos se acerquen a 60 o 90 centímetros.

Las personas varían. Algunas prefieren un espacio mayor respecto de otros (Smith, 1981; Sommer, 1969; Stockdale, 1978). Los grupos también difieren: los adultos guardan una distancia mayor entre sí que los niños. Los hombres se apartan más entre ellos que las mujeres. Por razones que no conocemos, las culturas cercanas al ecuador prefieren menos espacio y se tocan y abrazan más. Así, los ingleses y los escandinavos interponen más distancia que los franceses y los árabes. Los norteamericanos prefieren estar más alejados que los latinoamericanos.

Para apreciar el efecto de la intrusión en el espacio personal de otro, juegue al invasor de área. Colóquese a unos 30 centímetros de un amigo e inicie una conversación. ¿Él se pone ansioso, mira a otro lado, retrocede o muestra otras señales de incomodidad? Tales son los indicios de nerviosismo que han observado quienes investigan la invasión del espacio (Altman y Vinsel, 1978).

### Semejanza cultural

Las culturas difieren a merced de la adaptabilidad de los seres humanos; pero tras la superficie de estas variaciones, los psicólogos que estudian las culturas perciben una "universalidad esencial" (Lonner, 1980). Como miembros de una especie, los procesos en que se basan nuestras diferentes conductas resultan los mismos en todas partes. Los seres humanos tenemos, incluso, reglas transculturales para conducir las guerras. En medio de la masacre de los enemigos, hay reglas aceptadas. Hay que llevar uniformes identificables, rendirse con un gesto de sumisión y tratar humanamente a los prisioneros (si uno no puede matarlos antes de que se rindan, entonces hay que alimentarlos). Cuando las fuerzas iraquíes infringieron estas normas, cuando mostraron banderas de rendición y luego atacaron, y cuando los soldados se vistieron como civiles liberados para montar emboscadas, un vocero del ejército estadounidense se quejó de que "estas dos acciones son de las peores violaciones a las leyes de la guerra" (Clarke, 2003).

Aunque las normas varían con las culturas, los seres humanos tenemos algunas en común. La más generalizada es el tabú del incesto: los padres no pueden tener relaciones sexuales con sus hijos, ni éstos entre sí. Aunque parece que el tabú se rompe más veces de las que creían los psicólogos, no deja de ser una norma universal y en todas las sociedades se desaprueba el incesto. Dadas las consecuencias biológicas de la endogamia, los psicólogos evolutivos entienden fácilmente por qué en todos los pueblos se da esta predisposición contra el incesto.

Igualmente, todos los pueblos comparten algunas normas de amistad. A partir de estudios realizados en Gran Bretaña, Italia, Hong Kong y Japón, Michael Argyle y Monika Henderson (1985) observaron diversas variaciones culturales en las normas que definen el papel de los amigos (en Japón es muy importante no avergonzar a uno con una crítica pública). Pero también hay ciertas normas que parecen universales. Respetar la privacidad del amigo, mirar a los ojos al hablar, no divulgar lo que se ha contado en confianza es parte de las reglas del juego de la amistad; si uno las rompe, se termina.

En todo el mundo la gente tiende a describir a los demás como más o menos estables, sociables, abiertos, agradables y concienzudos (John y Srivastava, 1999; McCrae

### espacio personal

*Zona de amortiguamiento que queremos mantener alrededor de nuestro cuerpo. Su tamaño depende de nuestra familiaridad con quien esté cerca.*

"La frontera de mi persona llega a unos 75 centímetros, contados a partir de mi nariz."

—W. H. Auden, 1907-1973



[www.mhhe.com/myers8](http://www.mhhe.com/myers8)

*¿Cuáles son los efectos del espacio personal? Visite el Centro de Aprendizaje en Línea para realizar una interactividad.*

"Tengo la confianza de que [si] la moderna psicología se hubiera creado en, digamos, la India, aquellos psicólogos hubieran descubierto la mayoría de los mismos principios que descubrimos los occidentales."

—Psicólogo transcultural John E. Williams (1993).

**figura 5-2**  
Dimensiones de las convicciones sociales de Leung y Bond.

Cinco grandes creencias sociales	Reactivo muestra del cuestionario
Cinismo	"Los poderosos tienden a explotar a los demás."
Complejidad social	"Uno tiene que enfrentar las cosas, de acuerdo con sus circunstancias."
Recompensa por aplicarse	"Uno tiene éxito si se esfuerza."
Espiritualidad	"La fe religiosa contribuye a la salud mental."
Control del destino	"El destino determina los éxitos y los fracasos."

y Costa, 1999). Si en una prueba se determina cuál es la puntuación de uno en estas "cinco grandes" dimensiones de la personalidad, la prueba describe bien la personalidad dondequiera que uno viva. Del mismo modo, los psicólogos sociales Kwok Leung y Michael Harris Bond (2004), de Hong Kong, explican que hay cinco dimensiones universales en las convicciones sociales. En los 38 países que estudiaron, varía el grado en que se apegan y aplican estos conocimientos sociales: cinismo, complejidad social, premio al esfuerzo, espiritualidad y control del destino (figura 5-2). La adhesión de la gente a estas convicciones sociales guía su existencia. Quienes comulgan con el cinismo están menos satisfechos con la vida, están a favor de las tácticas asertivas para ejercer influencia y sus tendencias políticas son de derecha. Quienes están de acuerdo en premiar el esfuerzo se inclinan a entregarse al estudio, planean y compiten.

Roger Brown (1965, 1987; Kroger y Wood, 1992) observó otra norma universal. Cuando las personas establecen jerarquías, también se dirigen a quienes tienen mayor posición con el tono de respeto con que hablan a los desconocidos, mientras tutean a los de menor posición y les hablan con las maneras más familiares con que se trata a los amigos. Los pacientes llaman a su médico "doctor Fulano", y éste les contesta usando su nombre de pila. Estudiantes y maestros se tratan del mismo modo desigual.

Casi todos los idiomas tienen dos formas para la segunda persona del singular, una de respeto y otra familiar (por ejemplo, *Sie* y *du* en alemán, *vous* y *tu* en francés, *usted* y *tú* en español). Se usa la forma familiar con íntimos y subordinados (no sólo

En *The Female Eunuch*, Germaine Geer observa que el lenguaje del afecto reduce a las mujeres a alimentos y cachorritos: dulce, corderito, azuquítar, pastelito, gatito, pollito.



Las normas (reglas aceptadas y esperadas de comportamiento) varían con la cultura.



"Mira, a todos les gusta la vainilla, ¿no? Empecemos por ahí."

*A pesar de las enormes variaciones culturales de las normas, los seres humanos tenemos algunas en común.*  
Copyright © The New Yorker Collection, 1980, Peter Steiner, tomado de cartoonbank.com. Todos los derechos reservados.

con amigos cercanos y familiares, sino también al dirigirse a niños y perros). Un niño alemán eleva su autoestima cuando la gente comienza a tratarlo de *usted* en lugar de *tú*.

Este primer aspecto de la norma universal de Brown (*la forma de tratamiento comunicativa no sólo distancia social, sino también la posición*) se correlaciona con un segundo aspecto: *generalmente quien sugiere un avance para intimar es la persona de mayor posición*. En Europa, donde la mayoría de las relaciones de pareja comienza con un tratamiento cortés formal y con el tiempo pasa a la manera informal y más cercana, es obvio que alguien tiene que tomar la iniciativa de acentuar la intimidad. ¿Quién cree usted que lo hace? En el momento conveniente, el mayor, el más rico o el más distinguido de los dos propone el tuteo.

Esta norma se extiende más allá del lenguaje a todas las formas de avance íntimo. Es más aceptable tomar prestado un bolígrafo o poner la mano en el hombro de los íntimos y los subordinados que hacerlo con desconocidos o superiores. Del mismo modo, el rector de mi universidad invita a los catedráticos a su casa antes de que ellos lo hagan. Así, en general, la persona de mayor posición marca el ritmo en el progreso de intimidad de una relación.

Por tanto, algunas normas dependen de la cultura y otras son universales. La fuerza de ésta varía las normas, así como las funciones que representan las personas. Todas las culturas influyen en las personas porque las compelen a representar ciertos papeles. En el capítulo 4 ilustramos un fenómeno poderoso: representar una función conduce a la gente a internalizar una conducta. La representación se vuelve convicción. Entonces consideremos las variaciones de los papeles sociales en las culturas.

## PAPELES SOCIALES

El mundo es un escenario  
Y hombres y mujeres meros actores:  
Tienen sus entradas y sus salidas,  
Y en la vida representan muchas partes.  
—William Shakespeare.

Los teóricos de las funciones suponen, como William Shakespeare, que la vida social es como actuar en un escenario teatral, con sus cortinajes, máscaras y guiones. Como el personaje de Jacques, en *Como gustéis*, que dice estas líneas, los papeles sociales sobreviven a quienes los representan. Los de padre, estudiante y amigo perdurarán luego de que los abandonemos. Estas funciones conceden alguna libertad de interpretación a quienes las encarnan; las grandes actuaciones se definen por la representación del papel. Como sea, ciertos aspectos de cualquiera *deben* actuarse. Un estudiante debe, cuando menos, presentarse a los exámenes, entregar sus trabajos y alcanzar un promedio mínimo.

Cuando una categoría social tiene pocas normas (por ejemplo, los peatones deben caminar por la derecha y fijarse al cruzar), no nos parece que esta posición sea un desempeño social. Se requiere un cúmulo de normas para determinar un papel. Fácilmente podría redactar una lista larga de las normas que rigen mis actividades como maestro o como padre. Acaso conseguí mi imagen personal infringiendo las normas menos significativas (en cuanto a la eficiencia, rara vez llego temprano a nada), pero romper las más importantes de mis funciones (faltar a clases, maltratar a mis vástagos) desembocaría en que fuera despedido o en que me retiraran la custodia de mis hijos.

Los desempeños tienen efectos poderosos. En el capítulo 4 señalamos que tendemos a asimilar los nuestros. En la primera cita o en un trabajo nuevo representamos uno con plena conciencia. A medida que lo internalizamos, esta conciencia desaparece. Lo que antes sentíamos extraño ahora nos parece genuino.

Ésa es la misma experiencia de muchos refugiados, inmigrantes, misioneros, trabajadores de cuerpos de paz, y estudiantes y ejecutivos internacionales. Al llegar a un país nuevo tiene que pasar tiempo para que uno aprenda a hablar y a conducirse apropiadamente. La experiencia común de los repatriados, ya que se habían adaptado a otro lugar, es de aflicción al volver a la tierra de origen (Sussman, 2000). El hogar dulce hogar ya no lo es tanto. En formas inadvertidas, nuestra conducta, valores e identidad cambiaron para adaptarse al papel de ciudadano de otro lugar. Debemos repetir la aculturación para volver a sincronizarnos.

El caso de la heredera de un imperio periodístico, Patricia Hearst, ilustra el poder de la representación de funciones. En 1974 fue secuestrada por un grupo de jóvenes revolucionarios que se denominaban Ejército de Liberación Simbionés (ELS); Patricia, en su cautiverio renunció a su vida anterior, a sus padres acaudalados y a su prometido. Anunció que se había unido a sus captores y pidió a la gente que "tratara de en-



*La heredera Patricia Hearst como Tanya, la revolucionaria, y como miembro de la alta sociedad.*

tender los cambios por los que había pasado". Doce días después, la cámara de un banco filmó su participación en un asalto armado del ELS.

Luego de 19 meses, Hearst fue detenida y, después de dos años de cárcel y "desprogramación", retomó su papel de heredera. Con el tiempo, se convirtió en madre en un suburbio de Connecticut y en una autora que dedica mucho tiempo a obras de caridad (Johnson, 1988; Schiffman, 1999). Si Patricia Hearst hubiera sido realmente una revolucionaria comprometida de tiempo completo, o si sólo hubiera fingido que cooperaba con sus secuestradores, la gente habría comprendido sus acciones. Lo que no entendió (y que por eso convirtió el caso en una de las mayores noticias de la década de los setenta) fue, como escribió Philip Brickman, "que hubiera sido realmente una heredera, luego realmente una revolucionaria y luego quizá realmente, otra vez, heredera". Es alucinante. Claro que esto no le pasaría a usted ni a mí... ¿o sí?

Sí y no. Como veremos en la última sección del capítulo, nuestras acciones dependen no sólo de la situación social, sino también de nuestras disposiciones. No todos responden de la misma manera a la presión. En la situación de Patricia Hearst, usted y yo tal vez habríamos reaccionado de otra manera. Sin embargo, determinadas circunstancias sociales pueden empujar a las personas "normales" a comportarse de maneras "anormales". Esto se ve claramente en los experimentos en que se coloca a gente bien intencionada en casos difíciles para averiguar si prevalece el bien o el mal. En una medida sorprendente, gana el mal. Los tipos buenos no siempre terminan bien.

### Desempeños de posición alta y baja

En *Rebelión en la granja* de George Orwell, los animales derrocan a sus amos humanos e instauran una sociedad igualitaria, en la que "todos son iguales". Conforme avanza la historia, los cerdos (que asumen un papel rector) evaden sus deberes y aceptan comodidades que les parecen adecuadas a su posición. "Todos los animales son iguales —aseveran—, pero algunos son más iguales que otros."

Lawrence Messé, Norbert Kerr y David Sattler (1992) señalan que los efectos de la posición en la percepción de uno mismo no se limitan a los cerdos de Orwell. En muchas situaciones cotidianas y de laboratorio, las personas a quienes se les asigna una mejor posición acaban por pensar que se merecen un tratamiento favorable o que sus capacidades son superiores. Ronald Humphrey (1985) lo demostró cuando simuló lo que ocurre en una oficina comercial. Por sorteo, algunas personas se convirtieron en gerentes y otras en empleadas. Como en las oficinas reales, los jefes daban órdenes a los empleados y hacían un trabajo de orden superior. A continuación, tanto los trabajadores como los gerentes consideraban que los igualmente capaces gerentes (elegidos al azar) eran más inteligentes, asertivos y solidarios, como si realmente parecieran líderes.

Del mismo modo, representar un desempeño *subordinado* tiene efectos denigratorios. Ellen Langer y Ann Benevento (1978) lo descubrieron cuando pidieron a parejas de neoyorquinas que resolvieran problemas aritméticos. Después de solucionarlos individualmente, trabajaron en otros, en pareja, donde una era "jefe" y otra "asistente". Cuando volvieron a hacerlo de manera individual, las "jefas" lograron más que en la primera ronda y las "asistentes" menos. En experimentos con niños de primaria se han encontrado efectos semejantes de la posición asignada en el desempeño (Jemmott y González, 1989; Musser y Graziano, 1991). Los papeles denigrantes socavan la autoeficacia.

"Es un triunfo peculiar de la sociedad (y también su pérdida), que sea capaz de convencer a las personas a quienes ha concedido una posición inferior, de la veracidad de su dictamen."

—James Baldwin, *Notes of a Native Son*, 1955.

### Inversión de funciones

La inversión de funciones puede ser también una fuerza positiva. Cuando una persona representa deliberadamente un desempeño nuevo, a veces cambia o imita a otros con papeles diferentes. En *Pigmalión*, de George Bernard Shaw, Eliza Doolittle, la flo-

rista londinense, descubre que si representa el papel de una dama y los demás la ven así, entonces es, de hecho, una dama. Lo que no era verdadero ahora lo es.

Los desempeños suelen darse en pares definidos por relaciones: padre e hijo, marido y mujer, maestro y alumno, médico y paciente, patrón y empleado, policía y ciudadano. Las inversiones de papeles sirven para entender al otro. El problema de tantas discusiones y altercados entre los seres humanos —observó La Rochefoucauld— es que las personas prestan más atención a lo que dicen que a dar respuestas precisas a las preguntas. “Hasta los más encantadores e inteligentes no hacen mucho más que dar la apariencia de que escuchan [...] tan ansiosos están por regresar a sus propias ideas” (1665, núm. 139). Por consiguiente, un negociador o jefe de grupo puede mejorar la comunicación si pide a las partes que inviertan sus papeles, de modo que cada uno argumente desde el punto de vista del otro. También puede solicitarles que enuncien con sus propias palabras el punto de vista del otro (a satisfacción de éste) antes de responder. La próxima vez que se enfrasque en una discusión ardua con un amigo, su padre o su madre, trate de detenerla a la mitad. Si los dos repiten las impresiones y sentimientos de la contraparte antes de proceder, aumentará la comprensión mutua.

Hasta aquí hemos afirmado nuestro linaje biológico como miembros de una sola familia humana. También hemos reconocido nuestra diversidad cultural y señalado que las normas y los papeles varían dentro y entre las culturas. Recuerde que el primer objetivo en la psicología social no es catalogar diferencias, sino identificar principios universales de comportamiento. Nuestra finalidad es lo que el psicólogo cultural Walter Lonner (1989) llama “una psicología universalista, una que sea tan válida y significativa en Omaha y Osaka como en Roma y Botswana”.

Las actitudes y los comportamientos siempre variarán con la cultura, pero el proceso por el que las actitudes influyen en la conducta cambia mucho menos. Los habitantes de Nigeria y Japón definen las funciones de los adolescentes de manera distinta que en Europa y Norteamérica; sin embargo, en todas las culturas lo que se espera de los papeles rige las relaciones sociales. G. K. Chesterton tuvo una idea al respecto, hace casi un siglo: “cuando alguien haya descubierto por qué los señores de Bond Street llevan sombrero negro, en el mismo instante habrá descubierto por qué los hombres de Timbuctú llevan plumas rojas”.

“Gran Espíritu, permite que no critique a mi vecino hasta que haya andado una luna en sus mocasines.”

—Oración india-estadounidense.

## Resumen

¿En qué nos parecemos los humanos, en qué diferimos y por qué? Los psicólogos evolutivos estudian cómo la selección natural favorece las características que fomentan la perpetuación de los genes. Aunque parte de la herencia de la evolución es nuestra capacidad humana de aprender y adaptarnos (y, por consiguiente, de ser distintos unos de otros), la *teoría evolutiva* subraya el parentesco como resultado de nuestra naturaleza humana común.

La *perspectiva cultural* destaca la diversidad humana en las conductas, ideas y tradiciones que definen a un grupo, que se transmiten entre las generaciones. La notable variedad de actitudes y compor-

tamientos de una cultura a otra indica el grado en que somos producto de normas y papeles culturales.

Con todo, los psicólogos que estudian los cruces culturales también tratan de identificar la “universalidad esencial” de todas las personas. Por ejemplo, a pesar de las diferencias, las culturas comparten algunas normas. Una que parece ser universal atañe a las relaciones entre personas de distinta posición.

Todas las culturas asignan funciones sociales a la gente. La representación de papeles culturales lleva a las personas a internalizar su comportamiento. Por eso, el intercambio de éstos llega a cambiar nuestro punto de vista.

## ¿Qué explica las diferencias y semejanzas de género?

*Los psicólogos evolutivos y los que trabajan desde una perspectiva cultural han tratado de explicar las variaciones de género. Antes de considerar sus ideas, veamos los temas básicos: como hombres y mujeres, ¿en qué nos parecemos?, ¿en qué somos diferentes?, ¿por qué?*

Existen muchas dimensiones, patentes, de la diversidad humana: estatura, peso, color de pelo, por citar sólo algunas. Pero para el concepto personal y las relaciones sociales del individuo, las dos que más importan, y a las que primero se adapta, son la raza y, sobre todo, el sexo (Stangor y otros, 1992). La estatura y el pelo acaso influyen en nuestro concepto personal y nuestra identidad, en la elección de nuestros amigos y parejas y en cómo nos ven y tratan los demás; pero la raza y el sexo importan mucho más. En los nacimientos, lo primero que la gente desea saber de uno es si es niño o niña. Cuando nace un hermafrodita —que tiene una combinación de órganos sexuales masculinos y femeninos—, médicos y familiares se sienten obligados a asignarle un sexo y a disminuir su ambigüedad mediante cirugía. El mensaje es simple: todo el mundo debe tener un sexo. Entre el día y la noche está la penumbra, pero entre hombre y mujer, desde el punto de vista social, nada.

En el capítulo 9 estudiaremos el efecto de la raza y el sexo en la manera en que los demás nos ven y nos tratan. Por ahora, detengámonos en el **género**: las características que se asocian con el hombre y la mujer. ¿Qué conductas son características universales y esperadas en ellos y ellas?

“De los 46 cromosomas del genoma humano, 45 son *unisex*”, observa Judith Rich Harris (1998). Por consiguiente, mujeres y hombres son parecidos en muchas características físicas, tales como la edad en que aprenden a sentarse, el cambio de dientes y la forma de caminar. También tienen en común muchos rasgos psicológicos, como el léxico, la creatividad, la inteligencia, la autoestima y la felicidad. Mujeres y hombres sienten las mismas emociones y anhelos, enloquecen por sus hijos y tienen un cerebro semejante (aunque ellos poseen más neuronas, y ellas, más conexiones neuronales). Su “sexo opuesto” es, en realidad, casi idéntico.

Así, ¿debemos concluir que hombres y mujeres son esencialmente iguales, excepto por ciertas anomalías anatómicas que tienen importancia sólo en ocasiones especiales? De hecho, hay algunas diferencias, y son éstas, no las semejanzas, las que atraen la atención y se vuelven noticia. Tanto en las ciencias como en la vida diaria, las variaciones despiertan interés. En comparación con los hombres, la mujer promedio:

- tiene 70 por ciento más grasa, 40 por ciento menos músculos, y es 12 centímetros más baja
- es más sensible a olores y sonidos
- es dos veces más vulnerable a trastornos de ansiedad y depresión.

En comparación con las mujeres, el hombre promedio:

- tarda más en entrar a la pubertad (dos años) pero muere antes (cinco años)
- tiene estas veces más probabilidades: tres de suicidarse; cuatro de tomar Ritalín para tratar el trastorno de déficit de atención e hiperactividad (TDA-H); cinco de volverse alcohólico, y seis de que lo mate un rayo
- es más probable que sea capaz de mover las orejas.

En la década de los años setenta, muchos investigadores se preocupaban de que los estudios de estas diferencias sexuales reforzaran los estereotipos. ¿Convertirían las

### género

*En psicología, características, sean biológicas o influidas por la sociedad, por las que las personas se definen como hombres o mujeres.*

*Incluso en cuanto a las características físicas, las diferencias individuales entre hombres y mujeres exceden, con mucho, las promediadas entre los sexos. La marca mundial de 4 minutos y 12 segundos que impuso Don Schollander en la prueba de 400 metros de nado libre en las Olimpiadas de 1964 lo hubiera situado en séptimo lugar contra las mujeres que compitieron en las Olimpiadas del 2000, y 7 segundos detrás de la ganadora Brooke Bennett.*

“No debe haber dudas sobre el estudio directo de las diferencias raciales y de género. La ciencia tiene una necesidad imperiosa de buenos estudios en los que [...] se nos informe sobre lo que tenemos que hacer para colaborar al éxito de quienes están subrepresentados en esta sociedad. A diferencia del avestruz, no podemos darnos el lujo de esconder la cabeza por temor a descubrimientos incómodos para la sociedad.”

—Psicóloga del desarrollo Sandra Scarr (1988).

“En la voz distinta de las mujeres yace la verdad de una ética del cuidado.”

—Carol Gilligan, *In a Different Voice*, 1982.

desigualdades de género en deficiencias de las mujeres? La socióloga Jesse Bernard advirtió que centrar la atención en las variaciones de género “proveería armas contra las mujeres” (1976, p. 13). Las explicaciones de las diferencias se centran en el grupo que se considera distinto. Por ejemplo, al analizar la “brecha del género” en las elecciones presidenciales estadounidenses, los comentaristas se preguntan más bien por qué tantas mujeres votan por los liberales y no por qué tantos hombres votan por los conservadores. A mí me inquietan por qué los estudiantes de origen asiático se desempeñan tan bien en matemáticas y ciencias, y no por qué otros grupos no sobresalen en estas materias. En cada caso, la gente define el criterio de un grupo y se pregunta por qué el otro es “diferente”. Se interroga más por las causas de la homosexualidad que por las de la heterosexualidad (o por lo que determine la inclinación sexual). A veces, de “diferente” a “anómalo” o “inferior” no hay más que un paso.

Desde la década de los años ochenta, los estudiosos se han sentido con mayor libertad para explorar la diversidad de género. Al principio, la investigación de las diferencias de género apoyó la igualdad porque destruyó estereotipos muy marcados. Luego, en ese decenio y el siguiente —explica Alice Eagly (1995)—, en muchos estudios se revelaron diferencias, algunas tan grandes como las “importantes” variaciones de conducta en otros campos de la psicología. Aunque los resultados confirman algunos estereotipos sobre las mujeres (recurren menos a agresiones físicas, son más cariñosas y tienen mayor sensibilidad social) son características que las feministas celebran y que prefiere la mayoría de la gente (Prentice y Carranza, 2002; Swim, 1994). Así, no es de sorprender que las ideas y sentimientos sobre las “mujeres” sean más favorables que sobre los “hombres” (Eagly, 1994; Haddock y Zanna, 1994).

Comparemos los vínculos sociales, dominio, agresividad y sexualidad de hombres y mujeres. Luego de describir estas diferencias, veremos cómo las explican las perspectivas evolutiva y cultural. ¿Las disimilitudes de género reflejan tendencias preestablecidas por la selección natural? ¿Son fórmulas culturales, un reflejo de las funciones que representan en las situaciones en que actúan? ¿Genes y cultura mezclan el género?

## INDEPENDENCIA FRENTE A VINCULACIÓN

Los hombres manifiestan puntos de vista y comportamientos que van de la competencia feroz al interés afectuoso. Lo mismo hacen las mujeres. Sin negar lo anterior, las psicólogas Nancy Chodorow (1978, 1989), Jean Baker Miller (1986), Carol Gilligan y sus colegas (1982, 1990) afirman que las mujeres, frente a los hombres, dan prioridad a las relaciones estrechas e íntimas.

En comparación con los niños, las niñas hablan más íntimamente y practican juegos menos agresivos, como señala Eleanor Maccoby (2002), quien ha dedicado dos décadas de investigación al desarrollo del género. A medida que cada quien se relaciona con el propio, estas diferencias se acentúan.

En la edad adulta, las mujeres de las culturas individualistas se describen con más términos referidos a las relaciones, aceptan más ayuda, tienen más emociones asociadas con las relaciones personales y son más afines con los vínculos de los demás (Addis y Mahalik, 2003; Gabriel y Gardner, 1999; Tamres y otros, 2002; Watkins y otros, 1998, 2003). En la conversación, los hombres, se enfocan más a tareas y conexiones relacionadas con grupos grandes, mientras que las mujeres lo hacen en las relaciones personales (Tannen, 1990). En el teléfono, los diálogos de ellas con sus amistades duran más tiempo (Smoreda y Licoppe, 2000). En la computadora, dedican más tiempo a enviar mensajes electrónicos en los que expresan emociones (Crabtree, 2002; Thomson y Murachver, 2001). Al participar en un grupo, comparten más de su vida y ofrecen más apoyo (Dindia y Allen, 1992; Eagly, 1987). Al enfrentar el estrés, los hombres responden “luchando o huyendo”; muchas veces su reacción a una amenaza es el



combate. En casi todos los estudios, en esta situación, anota Shelley Taylor (2002), las mujeres “colaboran y ayudan”; acuden a sus amistades y familiares en busca de apoyo. Entre universitarios de primer año, cinco de cada diez hombres, y siete de cada diez mujeres, dijeron que era *muy* importante “ayudar a otros en dificultades” (Sax y otros, 2002).

En general, explican Felicia Pratto y sus colegas (1997), los hombres se inclinan, desproporcionadamente, hacia puestos que fomentan las desigualdades (fiscal, publicista de empresas); las mujeres tienden a estar en empleos que reducen las desigualdades (defensora de oficio, publicista de obras de caridad). En algunos estudios acerca de las preferencias laborales de 640 000 personas, se revela cierta tendencia entre los varones, más que en las mujeres, a apreciar las ganancias económicas, los ascensos, los retos y el poder; y entre ellas, más que en los varones, a valorar los buenos ratos, las relaciones personales y las oportunidades de ayudar a los demás (Konrad y otros, 2000). De hecho, en la mayoría de las profesiones de atención a las personas en Estados Unidos —como el trabajo social, magisterio y enfermería—, las mujeres son más numerosas que los hombres. También son más caritativas: de las personas que dejaron herencias de más de cinco millones de dólares, 48 por ciento fueron mujeres, mientras que 35 por ciento de los hombres hicieron donaciones de caridad; asimismo, las universidades femeninas tienen ex alumnas notablemente agradecidas (National Council for Research on Women, 1994).

Los vínculos de las mujeres como madres, hijas, hermanas y abuelas unen a las familias (Rossi y Rossi, 1990). Ellas dedican más tiempo al cuidado de niños en edad preescolar y ancianos (Eagly y Crowley, 1986). En comparación con los hombres, compran tres veces más regalos y tarjetas de felicitación, escriben entre dos a cuatro más cartas personales y hacen de 1 a 20 por ciento más llamadas de larga distancia a amistades y familiares (Putnam, 2000). Si se les pide que muestren fotografías, incluyen más imágenes de sus padres y de ellas con otros (Clancy y Dollinger, 1993). En particular, para las mujeres es crucial un sentimiento de apoyo mutuo para conseguir la satisfacción matrimonial (Acitelli y Antonucci, 1994).

Las sonrisas, como es obvio, varían con las situaciones. Sin embargo, en más de 400 estudios, la mayor vinculación de las mujeres se relacionó con un mayor número de sonrisas (LaFrance y otros, 2003). Por ejemplo, cuando Marianne LaFrance (1985) analizó 9 000 fotos de anuarios de universidades, y cuando Amy Halberstadt y Martha Saitta (1987) estudiaron 1 100 fotos de revistas y periódicos y 1 300 personas en cen-

*El juego de las niñas transcurre en grupos pequeños e imita las relaciones sociales. El de los niños es, a menudo, más competitivo o agresivo.*

“Al contrario de lo que muchas mujeres creen, es muy fácil establecer una relación duradera, estable, íntima y mutuamente satisfactoria con alguien, siempre que ese alguien sea un sabueso Labrador.”

—Dave Barry, *Dave Barry's Complete Guide to Guys*, 1995.

La empatía consiste en sentir lo que otro siente, como lo hace Lamar Pugh a sus siete años.



### empatía

Experiencia vicaria de los sentimientos de otro; ponerse en los zapatos de otro.

mostrarse conmovidas por la aflicción de los demás (Eisenberg y Lennon, 1983). En Estados Unidos, 12 por ciento de los hombres y 43 por ciento de las mujeres dijeron que habían llorado por la guerra en Irak (Gallup, 2003). El autismo, que produce una deficiencia en la empatía, es generalmente un trastorno varonil.

Con todo lo anterior se explica por qué, en comparación con las amistades masculinas, tanto hombres como mujeres afirman que las que se entablan con mujeres son más íntimas, agradables y afectuosas (Rubin, 1985; Sapadin, 1988). Cuando se requiere empatía y comprensión, alguien a quien puedan revelársele alegrías y penas, tanto hombres como mujeres acuden a éstas.

Una explicación de esta diferencia de empatía entre hombres y mujeres es que las primeras superan a aquéllos al interpretar las emociones. En su análisis de 125 estudios acerca de la sensibilidad de hombres y mujeres a las claves no verbales, Judith Hall (1984) concluyó que ellas son superiores para decodificar los mensajes emocionales de los demás. Por ejemplo, al observar una filmación muda de dos segundos con el rostro de una mujer alterada, las mujeres conjeturaron con más tino si criticaba a alguien o si discutía su divorcio. Su sensibilidad a las claves no verbales explica su mayor percepción emocional en situaciones deprimentes o gozosas (Grossman y Wood, 1993; Sprecher y Sedikies, 1993; Stoppard y Gruchy, 1993). Ellas también anti-

tros comerciales, parques y calles, encontraron constantemente que las mujeres sonreían más.

Al describirse en las encuestas, las mujeres tienden más a decir que sienten **empatía**, es decir, que son capaces de sentir lo que otros sienten, de alegrarse con quienes están felices y de llorar con quienes se entristecen. Aunque en menor grado, la diferencia en la empatía se extiende a los estudios de laboratorio. Cuando las niñas ven diapositivas o escuchan narraciones, reaccionan más con esta emoción (Hunt, 1990). Ante experiencias desagradables en el laboratorio o la vida real, las mujeres expresan más empatía que los hombres cuando otras personas sufren experiencias semejantes (Batson y otros, 1996). Ellas tienen mayores probabilidades de llorar o

Reimpreso con autorización especial de King Features Syndicate.



cipan emociones más complicadas y matizadas ante escenarios posibles (si un amigo colega recibe un premio laboral, ¿cómo se sentiría él y cómo se sentiría usted?; Barrett y otros, 2000).

Para estudiar la "precisión empática", William Ickes (2003) y sus colegas filmaron diversas interacciones entre dos personas (desconocidos, amigos, cónyuges o clientes y terapeutas). Luego, pidieron a cada uno que viera la grabación y que se detuviera en cada instante donde hubiera tenido un pensamiento o un sentimiento (y que dijera cuál había sido). A continuación, volvieron a pasar la cinta y pidieron a un observador (que en ocasiones era la otra parte en el diálogo) que conjeturara lo que había pensado o sentido la primera persona en cada uno de esos instantes.

La precisión empática es mayor cuando se interpreta lo que piensan o sienten los amigos que los desconocidos. Pero algunas personas son, en general, más fáciles de interpretar, y otras son mejores intérpretes. En promedio, la precisión empática de las mujeres supera la de los hombres (Thomas y Fletcher, 2003). También se ha visto que ellas recuerdan mejor los rasgos faciales y otros elementos del aspecto (Horgan y otros, 2004).

Las mujeres también son más capaces de *expresar* emociones sin palabras, según refiere Hall. Lo anterior es cierto particularmente con las emociones positivas, explican Erick Coats y Robert Feldman (1996). Estos investigadores pidieron a sus sujetos que hablaran de ocasiones en que se hubieran sentido felices, tristes o enojados. Cuando se les mostraban cintas mudas de cinco segundos con esas declaraciones, discernían mejor las emociones de las mujeres que las de los hombres cuando recordaban momentos felices. Sin embargo, los hombres comunicaron mejor la ira.

Sea que las consideremos femeninas o humanas, algunas características como la amabilidad, sensibilidad y calidez alientan las relaciones estrechas. En un estudio de parejas casadas en Sydney, Australia, John Antill (1983) encontró que si el marido o la mujer poseían estas cualidades tradicionalmente femeninas (o mejor, si ambos las tenían), la satisfacción matrimonial era mayor. Las personas encuentran benéfica su relación si su pareja les da afecto y apoyo emocional.

*¿Qué piensa usted: las mujeres occidentales deben ganar confianza y acercarse más al individualismo de su cultura, o su estilo vital de relaciones debería transformar las sociedades occidentales, marcadas por el poder (por descuido infantil, soledad y depresión) en comunidades más interesadas en los demás?*

## DOMINANCIA SOCIAL

Imagínesse dos personas: una es "aventurera, autocrática, tosca, dominante, imperiosa, independiente y fuerte". La otra es "afectuosa, dependiente, soñadora, emocional, sumisa y débil". Si la primera le parece un hombre, y la segunda una mujer, no es el único en pensar así, señalan John Williams y Deborah Best (1990a, p. 15). De Asia a África, y de Europa a Australia la gente califica a los hombres como más dominantes, impulsivos y agresivos.

Estas impresiones y expectativas corresponden a la realidad. En prácticamente todas las sociedades, los varones son socialmente dominantes. En ninguna sociedad conocida las mujeres dominan a los hombres (Pratto, 1996). Como veremos, las diferencias de género varían mucho con las culturas, además de que esas desigualdades se reducen en la medida que las mujeres asumen más puestos directivos y de liderazgo. Sin embargo, considere los siguientes hechos:

- En 2002, las mujeres constituían apenas 14 por ciento de los legisladores del mundo y 5 por ciento de los primeros ministros y presidentes (CIA, 2002; IPU, 2002). Ellas son 1 por ciento de los directores ejecutivos de las 500 corporaciones internacionales más grandes (Eagly y otros, 2003).
- Los hombres se preocupan más que las mujeres por la dominancia social y prefieren candidatos y programas conservadores que sostienen las iniquidades entre grupos (Eagly y otros, 2003; Sidanus y Pratto, 1999).

- Los varones suman la mitad de los jurados, 90 por ciento de los jefes electos de jurados y la mayoría de los directores de los grupos de laboratorio *ad hoc* (Davis y Gilbert, 1989; Kerr y otros, 1982).
- En los países industrializados, el salario de las mujeres equivale, en promedio, a 77 por ciento del de los hombres. Aproximadamente, una quinta parte de la brecha salarial es atribuible a diferencias de género en educación, experiencia laboral o características de los puestos (Banco Mundial, 2003).

"Después de años de analizar qué hace más eficaces a los líderes y averiguar quién tiene la 'materia prima correcta', ahora los gurús de la administración saben cómo acrecentar las probabilidades de tener un ejecutivo de primera: contratar a una mujer."

—Rochelle Sharpe, en *Business Week*, 2000.

Como es lo característico de las posiciones superiores, todavía los hombres toman la iniciativa para las primeras citas, manejan casi siempre y se ocupan de la mayoría de las cuentas (Laner y Ventrone, 1998, 2000).

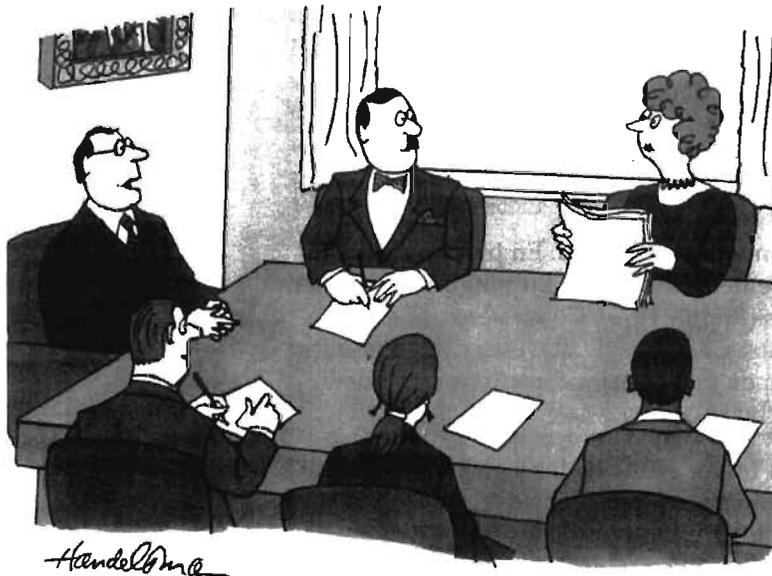
El estilo de comunicación de los hombres ciñe su poder social. En situaciones en que los papeles no están prescritos rígidamente, tienden a ser directivos, y las mujeres democráticas (Eagly y Johnson, 1990). En funciones de liderazgo, los varones sobresalen como jefes directivos y como enfocados a las tareas; las mujeres destacan más en direcciones de tipo "transformacional" que cada vez más organizaciones prefieren, con dotes de inspiración y relaciones sociales que fomentan el espíritu de grupo (Eagly y otros 2003). Los hombres conceden mayor prioridad que ellas a ganar, aventajar y dominar a los demás (Sidanius y otros, 1994). También corren más riesgos (Byrnes y otros, 1999). Cuando dirigen democráticamente, las mujeres en puestos de jefatura reciben evaluaciones tan favorables como los hombres. Cuando lo hacen autocráticamente, sus calificaciones son menos favorables (Eagly y otros, 2002). Las personas aceptan con más facilidad la guía "fuerte y asertiva" de un hombre que el liderazgo "fuerte y necio" de las mujeres.

Al escribir, ellas usan más preposiciones comunes ("con"), menos términos cuantitativos y más verbos en presente. Un programa de cómputo utilizado para encontrar diferencias de género en el uso de las palabras y la sintaxis, identificó el género de 80 por ciento de autores británicos en 920 obras de ficción y no ficción (Koppel y otros, 2002).

En la conversación, el estilo de los hombres refleja su interés en la independencia;

el de las mujeres, la vinculación. Los primeros actúan como los poderosos: hablan asertivamente, interrumpen, tocan con la mano, miran más a los ojos, sonríen menos (Anderson y Leaper, 1998; Carli, 1991; Ellyson y otros, 1991). Si se enuncian estos resultados desde el punto de vista de las mujeres, su estilo de influir es más indirecto: interrumpen menos, son más sensibles, más corteses y menos engreídas.

Así, ¿es correcto declarar (con el título del éxito de librería de la década de los años noventa) que *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*? De hecho, observan Kay Meaux y Marianne LaFrance (1998), los estilos de conversación de ambos varían con el contexto social. Buena parte del estilo que atribuimos a los hombres es característico de gente (hombres y mujeres) en posiciones elevadas y de poder. Además, los individuos varían. Algunos varones son, por naturaleza,



"Muy buen informe, Bárbara. Pero como los sexos hablan idiomas distintos, lo más probable es que yo no haya entendido ni una palabra."

dubitativos y deferentes; algunas mujeres, directas y asertivas. Evidentemente, es una simplificación asegurar que ellas y ellos pertenecen a planetas emocionales distintos.

Nancy Henley (1977), atendiendo a la diferencia de comunicación entre géneros, variable tan señalada, argumenta que las mujeres deben dejar de fingir sonrisas, desviar la mirada y tolerar interrupciones, y que, en cambio, deben ver a los demás a los ojos y hablar asertivamente. Cuando Jean Twenge (2001) estudió los informes de mujeres sobre asertividad desde 1931, descubrió que en épocas en que aumentaba su posición social, se volvían más asertivas. Por su parte, Judith Hall (1984) valora el estilo de comunicación de las mujeres, menos autocrático: "Cuando se da por hecho que el comportamiento no verbal de las mujeres es indeseable, se perpetúa otro mito: la conducta de los hombres es normal y la de ellas es anómala y requiere una explicación" (págs. 152-153).

## AGRESIÓN

Por **agresión**, los psicólogos entienden un comportamiento destinado a causar un daño. En todo el mundo, cazar, pelear y guerrear son actividades principalmente masculinas. En las encuestas, los hombres admiten ser más agresivos que las mujeres. En experimentos de laboratorio, ellos manifiestan más agresividad, por ejemplo, al aplicar lo que creen que son descargas eléctricas nocivas (Knight y otros, 1996). En Canadá, la proporción de hombres sobre mujeres en detenciones por asesinato es de 18 a uno (Statistics Canada, 2001). En Estados Unidos, donde 92 por ciento de los presos son hombres, esa correlación es de diez a uno (FBI, 2001). Pero en este caso también las diferencias de género varían con el contexto. Cuando hay una provocación, la brecha de género se reduce (Bettencourt y Miller, 1996). Con las formas menos violentas de ataque (por ejemplo, abofetear a un familiar, arrojar algo o insultar), las mujeres no son menos agresivas que los hombres (Björkqvist, 1994; White y Kowalski, 1994). De hecho, dice John Archer (2000, 2002), a partir de sus resúmenes estadísticos de docenas de estudios, las mujeres tienen ligeramente más probabilidades de realizar un acto de violencia. Pero los hombres tienen más de herir; 62 por ciento de las personas lastimadas por su pareja son mujeres.

## SEXUALIDAD

También hay una brecha de género en cuanto a las opiniones y la asertividad en materia sexual. Es verdad que, en las respuestas fisiológicas y subjetivas a los estímulos sexuales, mujeres y

### agresión

*Comportamiento físico o verbal dirigido a lastimar a alguien. En experimentos de laboratorio, podría significar aplicar descargas eléctricas o decir algo que lastimara los sentimientos de otra persona.*



"Es cosa de hombres."

hombres son “más semejantes que diferentes” (Griffitt, 1987). Sin embargo, considere los datos siguientes:

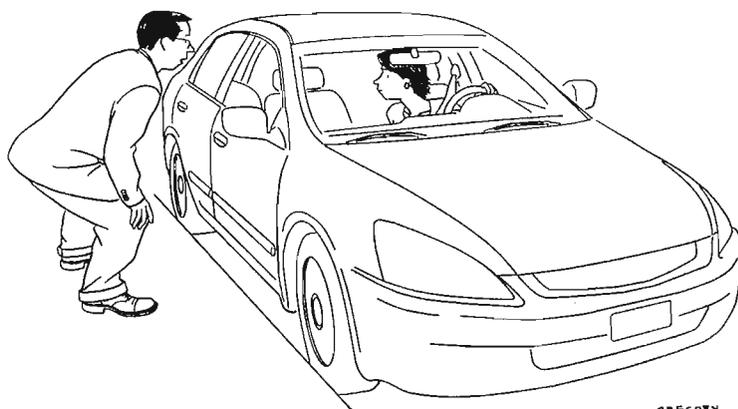
- En una encuesta llevada a cabo en Australia, 48 por ciento de los hombres y 12 por ciento de las mujeres estuvieron de acuerdo con el enunciado: “Me imagino sintiéndome cómodo y disfrutando el sexo relajado con varias parejas” (Bailey y otros, 2000).
- En una encuesta reciente del Consejo Estadounidense de Educación, realizada entre un cuarto de millón de universitarios de primer año, se encontró un resultado similar. Estuvieron de acuerdo 53 por ciento de los hombres y 30 por ciento de las mujeres con el enunciado: “Si dos personas se gustan, está bien que tengan relaciones sexuales aunque tengan poco tiempo de conocerse” (Sax y otros, 2002).
- En una encuesta de 3 400 estadounidenses de entre 18 y 59 años elegidos al azar, la mitad de los hombres (25 por ciento) respecto de las mujeres (48 por ciento) citó el afecto por la pareja como una razón para el primer coito. ¿Con qué frecuencia pensaban en el sexo? “Todos los días” o “Varias veces al día”, contestaron 19 por ciento de las mujeres y 54 por ciento de los hombres (Laumann y otros, 1994).

La diferencia entre hombres y mujeres en materia de sexualidad se proyecta en la conducta. “Con pocas excepciones en todo el mundo —dicen el psicólogo intercultural Marshall Segall y sus colegas (1990, pág. 244)—, es más probable que los hombres inicien la actividad sexual”. En comparación con las lesbianas, los hombres homosexuales también manifiestan un interés mayor en el sexo sin compromisos, reaccionan más a los estímulos visuales y se preocupan más por el atractivo de su pareja (Bailey y otros, 1994). “No es que los homosexuales sean hipersexuales, escribe Steven Pinker (1997). Lo que sucede es que son hombres cuyos deseos masculinos corresponden a los deseos de otros hombres más que a los deseos femeninos.”

En efecto, observan Roy Baumeister y Kathleen Vohs (en prensa; Baumeister y otros, 2001), los hombres tienen más fantasías sexuales y actitudes más permisivas y buscan más parejas sexuales; además, se excitan más rápidamente, tienen deseos con más frecuencia, se masturban más a menudo, les cuesta más mantener el celibato, rechazan menos el sexo, corren más riesgos, gastan más recursos para tenerlo y prefieren más variedad. En una encuesta se preguntó a 16 288 personas de 52 países cuántas parejas sexuales deseaban el mes entrante. Entre los solteros, 29 por ciento de hombres y 6 por ciento de mujeres quisieron más de una (Schmidt, 2003). Estos resultados fueron casi idénticos entre heterosexuales y homosexuales (29 por ciento de los hombres homosexuales y 6 por ciento de las lesbianas expresaron que más de una pareja).

“En todas partes se entiende que el sexo es algo que las mujeres tienen y los hombres quieren”, afirmó el antropólogo Donald Symons (1979, pág. 253). No es de sorprender —dicen Baumeister y Vohs— que todas las culturas atribuyan mayor valor a la sexualidad femenina que a la masculina, como lo indican las asimetrías en cuanto a prostitución y cortejo, donde los hombres ofrecen dinero, regalos, elogios o dedicación, en intercambio implícito de la entrega sexual de una mujer. En la economía humana de las relaciones sexuales —afirman los investigadores—, las mujeres casi nunca pagan por tener sexo. Como los sindicatos laborales que se oponen a los “esquiroleros”, que socavan el valor de su trabajo, las mujeres se oponen a otras que ofrecen “sexo barato”, que aminora el valor de su propia sexualidad. En 185 países, cuanto más escasean los hombres disponibles, más elevada es la tasa de embarazos en adolescentes, porque cuando hay pocos varones, “las mujeres compiten entre ellas, ofreciendo sexo al precio más bajo en términos de compromiso” (Barber, 2000; Bau-

## PROSTITUTO



"Claro, nena. Te escucho. Te oiré toda la noche."

Copyright © The New York Collection, 1995, Alex Gregory, tomado de cartoonbank.com. Todos los derechos reservados.

meister y Vohs, en prensa). Cuando hay pocas mujeres, el valor de su sexualidad en el mercado aumenta y exigen mayor compromiso.

Las fantasías sexuales manifiestan la diferencia entre hombres y mujeres (Ellis y Symons, 1990). En las representaciones eróticas para hombres, las mujeres son libres y motivadas por la lujuria. En las novelas románticas, cuyo principal mercado son las mujeres, un hombre tierno se consume en su devota pasión por la heroína. Los científicos sociales no son los únicos que se han percatado de esto. "Las mujeres pueden quedar fascinadas por una película de cuatro horas, con subtítulos, en la que toda la trama consiste en que un hombre y una mujer se mueren por tener relaciones, pero no las realizan, observa el humorista Dave Barry (1995). Los hombres DETESTAN eso. Ellos dedican unos 45 segundos al anhelo y quieren que todos se desvistan. Luego, una persecución en auto. Una película llamada *Desnudos en coches a las carreras* funcionaría muy bien con ellos."

Niños y niñas, hombres y mujeres se parecen de muchas maneras, pero sus diferencias atraen más la atención. Aunque las variaciones individuales de mujeres y hombres exceden a las de género, los psicólogos sociales han explorado estas últimas en cuanto a la *independencia* frente a la *vinculación*. En general, ellas son más cariñosas, expresan más empatía y emociones, y se definen más en términos de relaciones personales. Hombres y mujeres también muestran diferencias respecto a la dominancia social, agresión y sexualidad.

Así como los detectives están más intrigados por los delitos que por las virtudes, los investigadores psicológicos se interesan más por las diferencias que por las semejanzas. Por tanto, debemos recordar que las desigualdades entre individuos exceden con mucho las variaciones de género. Mujeres y hombres están lejos de ser sexos opuestos, por distintos que sean. Más bien, difieren como dos manos encontradas: similares pero no iguales, corresponden una a la otra, aun si difieren a la hora de asirse.

## Resumen

## Evolución y género: ¿qué es lo natural?

*Al explorar las diferencias de género, la investigación se ha centrado en dos culpables: la evolución y la cultura.*



[www.mhhe.com/myers8](http://www.mhhe.com/myers8)  
Consulte en el Centro de Aprendizaje en Línea un escenario sobre género y preferencias de pareja.

“¿Cuál cree usted que sea la principal razón de que hombres y mujeres tengan diferentes personalidades, intereses y capacidades? —se preguntó en una encuesta nacional estadounidense de Gallup Organization (1990)—. ¿Es por la forma de educarlos, o las desigualdades son parte de la composición biológica?” De 99 por ciento que contestó la pregunta (al parecer, sin cuestionar sus premisas), partes casi iguales respondieron: “crianza” y “biología”.

Desde luego, hay marcadas diferencias sexuales biológicas. Los hombres tienen masa muscular para cazar; las mujeres amamantan. ¿Las diferencias sexuales biológicas se limitan a distinciones tan patentes como la reproducción y el físico; o bien, los genes, las hormonas y el cerebro de ambos difieren en formas que también explican las diferencias de conducta?

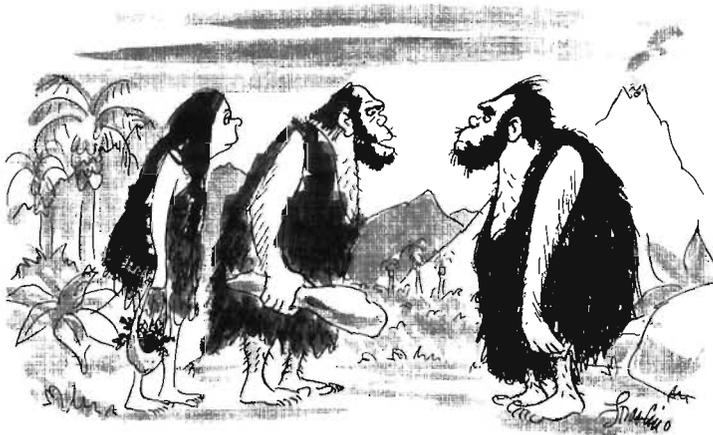
### PREFERENCIAS DE GÉNERO Y APAREAMIENTO

Dada la persistencia universal de diferencias de género en agresividad, dominancia y sexualidad, el psicólogo evolutivo Douglas Kenrick (1987) dijo —al igual que muchos otros a partir de entonces— que “no podemos cambiar la historia evolutiva de nuestra especie, y parte de nuestras diferencias son indudablemente resultado de ella”. La psicología evolutiva predice que no debe haber diferencias en esos ámbitos, en los que los sexos enfrentan retos adaptativos semejantes (Buss, 1995b). Ambos sexos regulan el calor con sudor, tienen preferencias de gusto similares para nutrirse y forman callosidades cuando friccionan la piel. Pero la psicología evolutiva también pronostica diferencias en las conductas que atañen al cortejo, el apareamiento y la reproducción.

Consideremos, por ejemplo, la mayor iniciativa sexual del hombre. El varón promedio produce muchos billones de espermatozoides en su vida, de modo que resultan baratos, en comparación con los óvulos (si de casualidad usted es un hombre promedio, producirá más de mil espermatozoides mientras lee esta frase). Además, mientras que una mujer gesta un feto y luego lo alimenta, un hombre puede propagar sus genes, fecundando a muchas otras. Así —dicen los psicólogos evolutivos—, ellas invierten sus oportunidades reproductivas cuidadosamente y buscan signos de riqueza y recursos. Los hombres compiten entre sí por la oportunidad de ganar la lotería genética y mandar sus genes al futuro. Las mujeres tratan de reproducirse con sapiencia; los hombres, con profusión. Los hombres buscan el suelo fértil donde plantar su semilla. Las mujeres quieren varones que las ayuden a atender su huerto: papás proveedores, hábiles y monógamos, en lugar de sinvergüenzas inestables. Por lo menos eso dice la teoría.

Además, la psicología evolutiva indica que los machos físicamente dominantes tienen más acceso a las hembras, lo que en el curso de las generaciones fomentó la agresividad y la dominancia masculinas. Cualesquiera que hayan sido las características genéticas

Copyright © The New York Collection, 1995, Ed Frascino, tomado de cartoonbank.com. Todos los derechos reservados.



*“Yo cazo y ella recolecta. De otra manera, no nos entenderíamos.”*

que permitieron a Moctezuma II convertirse en emperador azteca, también se perpetuaron a través de los hijos de sus aproximadamente cuatro mil esposas (Wright, 1998). Si nuestras madres ancestrales sacaban provecho de ser capaces de interpretar las emociones de sus hijos y pretendientes, del mismo modo, la selección natural habrá favorecido esas capacidades de descubrimiento emocional. En la base de todas estas suposiciones hay un principio: *la naturaleza elige las características que ayudan a proyectar los genes de uno en el futuro.*

Poco de este proceso es consciente. En las ansias de la pasión, pocos se detienen a pensar: "Quiero darle mis genes a la posteridad" (y mucho menos: "Ay, me muero por tener un bebé y luego nietos"). No ocurre que los hombres hagan sus cálculos y se formen fuera de los bancos de semen. Más bien —dicen los psicólogos evolutivos—, nuestros deseos naturales son la manera de nuestros genes de hacer más genes. Las emociones llevan a cabo las disposiciones de la evolución, así como el hambre expresa la necesidad de nutrientes que tiene el organismo.

Lewis Thomas (1971) captó la idea de predisposiciones evolutivas ocultas en su imaginativa descripción de una palomilla macho que responde cuando la hembra libera bombicol, del que una sola molécula excitará los pelos de cualquier macho en kilómetros a la redonda y lo atraerá, embobado de ardor. Pero es dudoso que el macho de esta palomilla tenga alguna conciencia de estar atrapado en el rocío de algún químico atrayente. Por el contrario, es probable que de pronto le haya parecido que el día es excelente, el tiempo de lo más agradable y el momento ideal para poner a ejercitar esas viejas alas en un giro brusco en el sentido del viento.

"Los seres humanos son fósiles vivos: grupos de mecanismos producidos por las presiones anteriores de la selección", dice David Buss (1995a). Según creen los psicólogos evolutivos, eso explica no sólo la agresión masculina, sino también las diferencias en actitudes y conducta sexual de mujeres y hombres. Cuando un varón interpreta la sonrisa de una mujer como interés sexual, por lo regular se equivoca, pero acertar de vez en cuando tiene ventajas reproductivas.

La psicología evolutiva también predice que los hombres lucharán por ofrecer a las mujeres lo que ellas quieren: recursos externos y protección física. Los pavorreales machos agitan su plumaje y los machos humanos sus músculos, Audis y bienes. En un experimento, hombres adolescentes valoraron "tener mucho dinero" como lo más importante, si estuvieran a solas en una habitación con una muchacha (Roney, 2003). "Los logros de los hombres son, en última instancia, un despliegue cortésano", dice Glenn Wilson (1994). Las mujeres se inflan los pechos, se inyectan botox en las arrugas y se succionan la grasa para ofrecer a los hombres la apariencia juvenil y saludable (que denota fertilidad) que ellos desean. Es evidente —dicen Buss (1994a) y Alan Feingold (1992)— que las preferencias de apareamiento de ambos confirman estas predicciones. Veamos estos datos:

- En estudios realizados en 37 culturas de Australia a Zambia, se revela que los hombres de todas partes se sienten atraídos por mujeres cuyas características físicas, como rostro y formas juveniles, indican fertilidad. Las mujeres de todo el mundo se sienten atraídas por hombres cuya riqueza,

*Secretariat, uno de los mejores caballos de carrera de los tiempos modernos, fue padre de 400 potros.*

"Una gallina no es más que el modo que tiene el huevo de hacer otro huevo."

—Samuel Butler, 1835-1901.

Copyright © The New York Collection, 1995, Nick Downes, tomado de cartoonbank.com. Todos los derechos reservados.



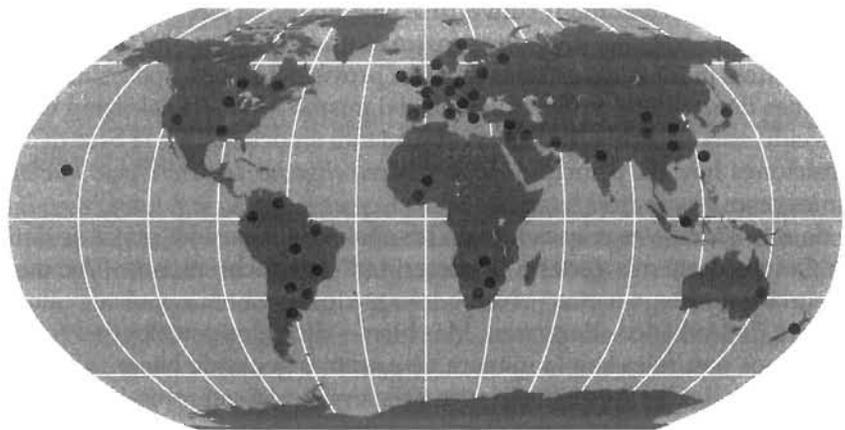
"Yo creía que los donantes del banco de semen eran anónimos."

### figura 5-3

#### Preferencias de apareamiento en los seres humanos.

David Buss y 50 colaboradores entrevistaron a más de 10 000 personas de todas las razas, religiones y sistemas políticos de seis continentes y cinco islas. En todas partes, los hombres prefirieron rasgos físicos atractivos que sugirieran juventud y salud (y aptitud reproductiva). En todas partes, las mujeres prefirieron hombres con recursos y estatus.

Fuente: tomado de Buss, 1994b.



poder y ambición prometen recursos para proteger y criar a los vástagos (figura 5-3). El mayor interés de los varones en la forma física también los hace consumidores de la mayoría de la pornografía visual del mundo. Pero también hay semejanzas entre los géneros: vivan en una isla de Indonesia o en la ciudad de São Paulo, tanto hombres como mujeres desean amabilidad, amor y atracción mutua.

- Los hombres de todo el mundo se casan con mujeres más jóvenes. Además, cuanto mayor es él, más es la diferencia de edad que prefiere al elegir pareja. Cuando tienen veinte años, los hombres prefieren y se casan con mujeres sólo un poco más jóvenes. A los sesenta, eligen y se casan con mujeres que tienen, en promedio, diez años menos (Kenrick y Keefe, 1992). Las mujeres de todas las edades prefieren hombres ligeramente mayores que ellas. De nuevo —dicen los psicólogos evolutivos—, vemos que la selección natural predispone a los varones a sentirse atraídos por los rasgos femeninos asociados con la fertilidad.

Larry King, 25 años mayor que su séptima esposa, Shawn Southwick King.



Al reflexionar en estos resultados, Buss (1999) dijo que se sentía impresionado de que “las preferencias de apareamiento de hombres y mujeres de todo el mundo difirieran exactamente, tal como lo predijeron los evolucionistas. Así como nuestro miedo a las serpientes, las alturas y las arañas constituyen una ventana para mirar los peligros de la supervivencia de nuestros antepasados en la evolución, nuestros deseos de apareamiento son algo que nos permite ver los recursos que ellos necesitaban para reproducirse. Llevamos, en la actualidad, los deseos de los precursores que se reprodujeron”.

### GÉNERO Y HORMONAS

Si los genes predisponen rasgos ligados al género, deben hacerlo a través de sus efectos en nuestro cuerpo. En los embriones masculinos, dirigen la formación de los testículos, los cuales secretan testosterona, la hormona sexual masculina que influye en la apariencia masculina (Berenbaum y Hines, 1992; Hines y Green, 1991). ¿Las diferencias hormonales también predisponen las variaciones psicológicas de género?

La brecha de género, en lo que se refiere a la agresión, parece estar influida por la testosterona. En diversos animales, su aplicación incrementa la agresividad. En los seres humanos, los hombres delincuentes violentos tienen concentraciones de ella supe-

riores a las normales, y lo mismo ocurre con los jugadores de fútbol americano y los universitarios bulliciosos (Dabbs, 2000). Además, tanto en personas como en monos aparece, precozmente, la diferencia de género en la agresividad (antes de que la cultura tenga mucho efecto), y se desvanece a medida que las concentraciones de testosterona disminuyen en la edad adulta. Ninguna de estas pruebas es concluyente. Tomadas en conjunto, convencen a muchos estudiosos de que las hormonas sexuales poseen alguna importancia; pero, como veremos, también la tiene la cultura.

A medida que la gente madura y llega a la edad adulta media y etapas posteriores, ocurre algo curioso. Las mujeres se vuelven más asertivas y confiadas, y los hombres más empáticos y menos dominantes (Lowenthal y otros, 1975; Pratt y otros, 1990). Las hormonas son una explicación posible del hecho de que disminuyan las diferencias de género. Otra, las exigencias de los desempeños. Algunos especulan que durante el cortejo y los primeros años de la paternidad, las expectativas sociales llevan a los dos sexos a destacar las características que ponen de relieve sus funciones. En la época de galanteo, manutención y protección, los hombres interpretan su lado macho y olvidan sus necesidades de interdependencia y afecto (Gutmann, 1977). Durante el cortejo, así como en la crianza de los hijos, las jóvenes constriñen sus impulsos de ser asertivas e independientes. A medida que hombres y mujeres se gradúan de estos primeros desempeños adultos, se supone que expresan más de esas tendencias reprimidas. Cada cual se vuelve más *andrógino*, es decir, capaz de ser asertivo y de dar cuidados.

“Los mejores casan a los dos sexos en su propia persona.”  
—Ralph Waldo Emerson,  
*Journals*, 1843.

## REFLEXIONES SOBRE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA

Sin poner en duda la selección natural (el proceso de elección de las características físicas y conductuales que favorecen la supervivencia de los genes), los críticos ven dos problemas en las explicaciones evolutivas. En primer lugar, los psicólogos evolutivos a veces comienzan su interpretación con un efecto (como las diferencias entre hombres y mujeres sobre la iniciativa sexual) y luego se remontan para elaborar una explicación. Este método recuerda el funcionalismo, una teoría psicológica dominante de la década de los años veinte. “¿Por qué ocurre la conducta? Porque sirve para tal o cual función.” El teórico nunca pierde con esta explicación a mano, dicen los biólogos Paul Ehrlich y Marcus Feldman (2003). El paleontólogo Stephen Jay Gould (1997) afirma, con desdén, que sólo son “especulaciones y adivinanzas al estilo de las fiestas de moda”.

La manera de evitar esta tendencia retrospectiva es suponer que las cosas fueran al revés. Vamos a intentarlo. Imaginemos que las mujeres fueran más fuertes y físicamente agresivas. “¡Claro! —diría alguien—. Cuánto mejor, para defender a las crías.” Y si los hombres nunca tuvieran aventuras extramaritales, ¿no veríamos la sabiduría evolutiva de la fidelidad? Después de todo, argumenta Dorothy Einon (1994), las mujeres se aparearán durante todo el ciclo menstrual y el embarazo o la lactancia, lo que significa que un marido leal tiene muchas menos probabilidades de fecundar a una mujer que el equivalente esposo infiel sexualmente activo. Además, como llevar a los hijos a la madurez es más que depositar semen, hombres y mujeres ganan si invierten juntos en la descendencia. Los varones fieles a sus familias son más aptos para garantizar que su descendencia sobreviva para perpetuar sus genes. La monogamia también incrementa la certidumbre del hombre sobre su paternidad. (Éstas son explicaciones evolutivas de por qué los seres humanos y otras especies, cuyas crías requieren grandes inversiones de sus progenitores, forman parejas monógamas. El amor entre hombre y mujer es universal por sus ventajas genéticas: los hijos de hombres dedicados son menos vulnerables a los depredadores.)

Los psicólogos evolutivos responden que estas críticas están “completamente equivocadas”. También, en las explicaciones culturales, las visiones retrospectivas cum-

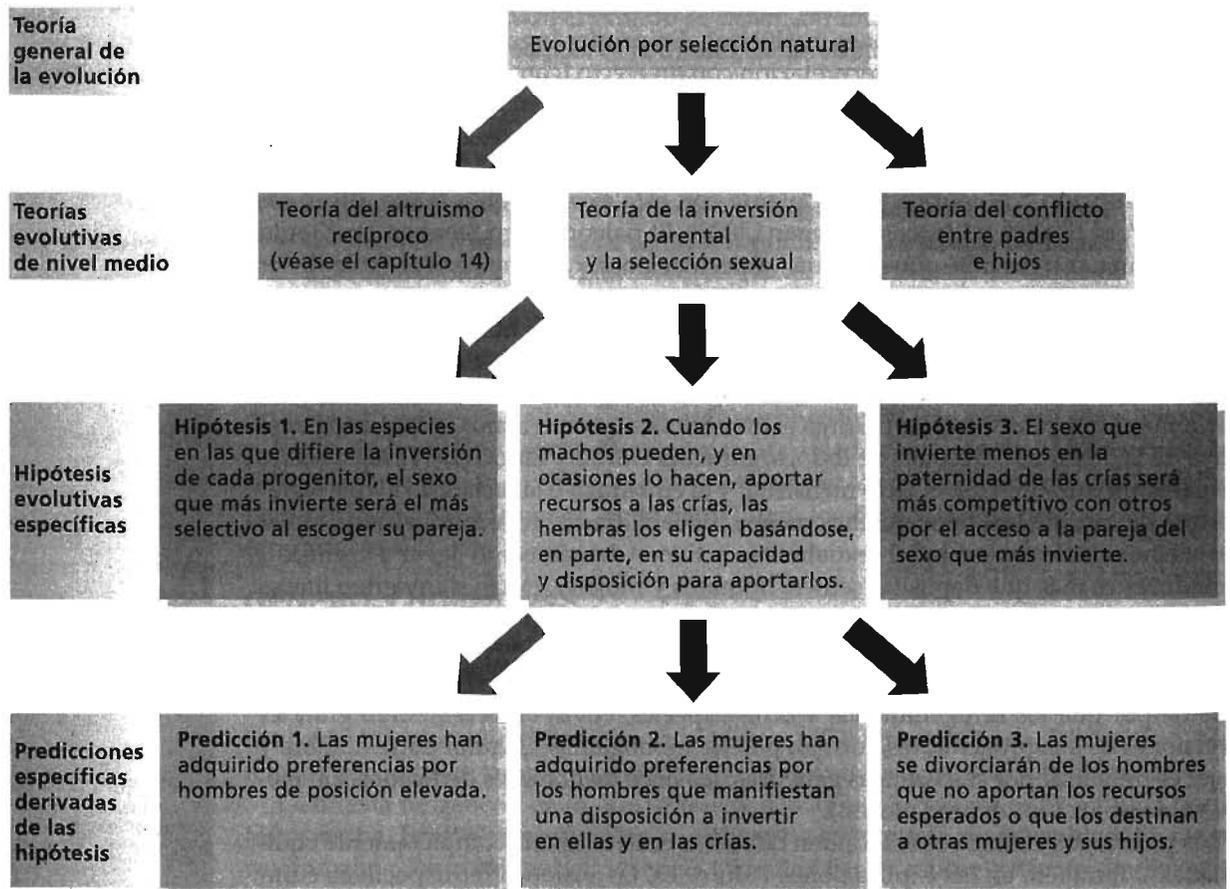
“Las diferencias de conducta entre los sexos pueden haber sido vitales para nuestros antepasados que recolectaban raíces y cazaban ardillas en las llanuras del norte de África, pero sus manifestaciones en la sociedad moderna no son de una forma ‘adaptativa’ tan clara. La sociedad actual está orientada a la información: los bíceps grandes y los chorros de testosterona tienen menor importancia directa para el presidente de una empresa de cómputo.”  
—Douglas Kenrick (1987).

plen una función: ¿por qué son diferentes hombres y mujeres? Porque su cultura *socializa* tal conducta. Cuando los desempeños de la gente varían con el tiempo y el lugar, “cultura” *describe* tales funciones más que explicarlas. Lejos de ser una mera conjetura en retrospectiva —dicen los psicólogos evolutivos—, su campo es una ciencia empírica que comprueba las predicciones de la evolución, con datos de comportamiento animal, observaciones multiculturales y estudios hormonales y genéticos. Como en muchas áreas de la ciencia, las observaciones inspiran una teoría que genera predicciones nuevas y comprobables (figura 5-4). Los pronósticos nos alertan sobre fenómenos inadvertidos y permiten confirmar, refutar o revisar una teoría.

Sin embargo, preocupa a los críticos que la especulación evolutiva sobre el sexo y el género “refuerce los estereotipos de hombres y mujeres” (Small, 1999). ¿Las explicaciones evolutivas del pandillerismo, los celos homicidas y la violación reforzarían y justificarían como natural la agresividad masculina? Si los psicólogos evolutivos convencen a más personas de que es natural, ¿vamos todos a comprarnos sistemas de seguridad para el hogar? Recuerde —contestan los especialistas en cuestión— que la sabiduría de la evolución es conocimiento *del pasado*. Nos dice cómo funcionaban las conductas antes. Que esas tendencias tengan todavía un valor de adaptación es otra cosa. Por ejemplo, aunque las personas se sienten atraídas por parejas potenciales, cuyo aspecto y conducta corresponden con las imágenes características masculinas y femeninas, en realidad se sienten más satisfechas si se relaciona con andróginos (Ickes, 1993).

figura 5-4

Algunas predicciones derivadas de la psicología evolutiva, por David Buss (1995a).



Los críticos de la psicología evolutiva aceptan que la evolución explica tanto semejanzas como diferencias (cierta diversidad contribuye a la supervivencia). Pero aseguran que nuestra herencia evolutiva común no predice, por sí misma, la enorme variación cultural en las pautas de matrimonio de los seres humanos (de una pareja a una sucesión de ellas, varias esposas, varios cónyuges o intercambio de parejas). Tampoco aclara los cambios culturales en las pautas de conducta más que al paso de décadas. Según parece, la característica más importante con que nos ha dotado la naturaleza es la capacidad de adaptarnos: de aprender y cambiar. Ahí radica lo que todos están de acuerdo en que es la fuerza moldeadora de la cultura.

Los psicólogos evolucionistas formulan teorías sobre cómo la evolución predispuso las diferencias entre géneros, en formas de comportamiento, como agresión e iniciativa sexual. En la naturaleza —postulan—, el juego del apareamiento favorece a los hombres que toman la iniciativa sexual frente a las mujeres (especialmente aquellas con características físicas que indican fertilidad) y a quienes buscan agresivamente el dominio, al competir con otros machos. Las mujeres

que están interesadas en no dilapidar sus menores oportunidades de reproducción priorizan la elección de parejas con capacidad de dedicar recursos a proteger y criar a los hijos. Los críticos dicen que las explicaciones evolutivas son, en ocasiones, conjeturas *a posteriori* que no dan cuenta de la realidad de las diferencias culturales. Pero hay un acuerdo en que la naturaleza nos ha dotado con una notable capacidad para adaptarnos a diversos contextos.

## Resumen

### Cultura y género: el dictado de la cultura

*La influencia de la cultura se ilustra vívidamente con las diferencias de los papeles sexuales en el tiempo y el lugar.*

Cultura, como dijimos arriba, es lo que comparte un grupo grande y se transmite entre generaciones: ideas, actitudes, comportamientos y tradiciones. Vemos su poder moldeador en las ideas sobre cómo deben comportarse hombres y mujeres, y en el menosprecio que sufren cuando no están a la altura de lo esperado (Kite, 2001). En todos los países, las niñas dedican más tiempo al arreglo de la casa y al cuidado de los bebés, mientras que los niños pasan más tiempo en juegos sin vigilancia (Edwards, 1991). Incluso, en los matrimonios norteamericanos actuales donde ambos cónyuges son profesionistas, los varones hacen la mayoría de las reparaciones domésticas, mientras que las mujeres se ocupan del cuidado de los hijos (Bianchi y otros, 2000; Biernat y Wortman, 1991).

Se ha dicho que la socialización de los géneros da a las niñas "raíces" y a los niños "alas". En libros infantiles modernos, ganadores del premio Caldecott, ellas aparecían usando enseres domésticos (escobas, agujas para coser o sartenes y ollas) cuatro veces más que los niños, mientras que éstos se retrataban con instrumentos de producción (tridente, arado o arma) cinco veces más a menudo que ellas (Crabb y Bielawski, 1994). El resultado en los adultos es que: "En todas partes —informó la Organización de las Naciones Unidas (1991)—, las mujeres realizan la mayor parte del trabajo doméstico." Además, "en todos lados, las tareas de cocinar y lavar los platos, por lo menos, se comparten". Estas expectativas de conducta para hombres y mujeres definen los **papeles de género**.

En un experimento realizado con alumnas de licenciatura en la Universidad de Princeton, Mark Zana y Susan Pack (1975) mostraron el impacto de las expectativas del desempeño de género. Ellas respondieron cuestionarios en los que se describían

#### papel de género

*Expectativas de comportamiento (normas) para hombres y mujeres.*



*En las naciones occidentales, los papeles de género se han vuelto flexibles. La educación preescolar ya no es únicamente trabajo de mujeres, ni pilotar aviones labor de hombres.*

*¿Usted presenta un yo a las personas de su género y otro a las del otro?*

*“En la Organización de las Naciones Unidas siempre hemos entendido que nuestro trabajo en favor del desarrollo depende de establecer una asociación fructífera con la agricultora africana y su marido.”  
—Secretario general, Kofi A. Annan, 2002.*

para un alumno de especialidad al que iban a conocer. Las que creían que la mujer ideal era hogareña y deferente con su marido se presentaron más como tradicionalmente femeninas que las que anticipaban un hombre al que le gustaban las mujeres fuertes y ambiciosas. Además, dada una prueba de solución de problemas, las que pensaban que iban a conocer a un hombre no sexista se condujeron con más inteligencia: resolvieron 18 por ciento más problemas que quienes suponían que iban a reunirse con uno de opiniones conservadoras. Pensar en adaptarse para corresponder a la expectativa masculina fue mucho menos marcado cuando el hombre era menos deseable, es decir, cuando se trataba de un alumno ya comprometido y de baja estatura. En un experimento paralelo de Dean Morier y Cara Seroy (1994), los varones adaptaron del mismo modo sus presentaciones para que correspondieran a las expectativas de género de las mujeres.

¿La cultura construye las funciones de género, o éstas no hacen más que reflejar una conducta, que es naturalmente propia de hombres y de mujeres? La variedad de los papeles de género a través de las culturas y del tiempo muestra que, en efecto, ésta configura nuestros papeles.

### **LOS PAPELES DE GÉNERO VARÍAN CON LA CULTURA**

¿La vida es más satisfactoria si los dos cónyuges comparten la crianza de los hijos, o cuando la mujer se queda en casa a cuidarlos, mientras aquél se gana el sustento? Cuando se planteó la pregunta a 38 000 personas en la encuesta mundial de actitudes (2003), las mayorías de 41 entre 44 países dijeron que el estilo de vida más satisfactorio es aquel en que ambos trabajan en los dos terrenos. Pero como se muestra en la figura 5-5, las diferencias entre países fueron considerables. Los egipcios no están de acuerdo con esa visión mayoritaria en una proporción de dos a uno, mientras que los vietnamitas coincidieron de once a uno. En las sociedades industrializadas, las funciones varían enormemente. Las mujeres ocupan uno de cada diez puestos gerenciales en Japón y Alemania, y casi uno de dos en Australia y Estados Unidos (ILO, 1997; Wallace, 2000). En Norteamérica, la mayoría de los médicos y dentistas son hombres; en Rusia, la mayoría de los galenos son mujeres, lo mismo que los dentistas en Dinamarca.

### **LOS PAPELES DE GÉNERO VARÍAN CON EL PASO DEL TIEMPO**

En los últimos 50 años (un segmento pequeñísimo de nuestra larga historia) los papeles de género cambiaron radicalmente. En 1938, sólo uno de cinco estadounidenses

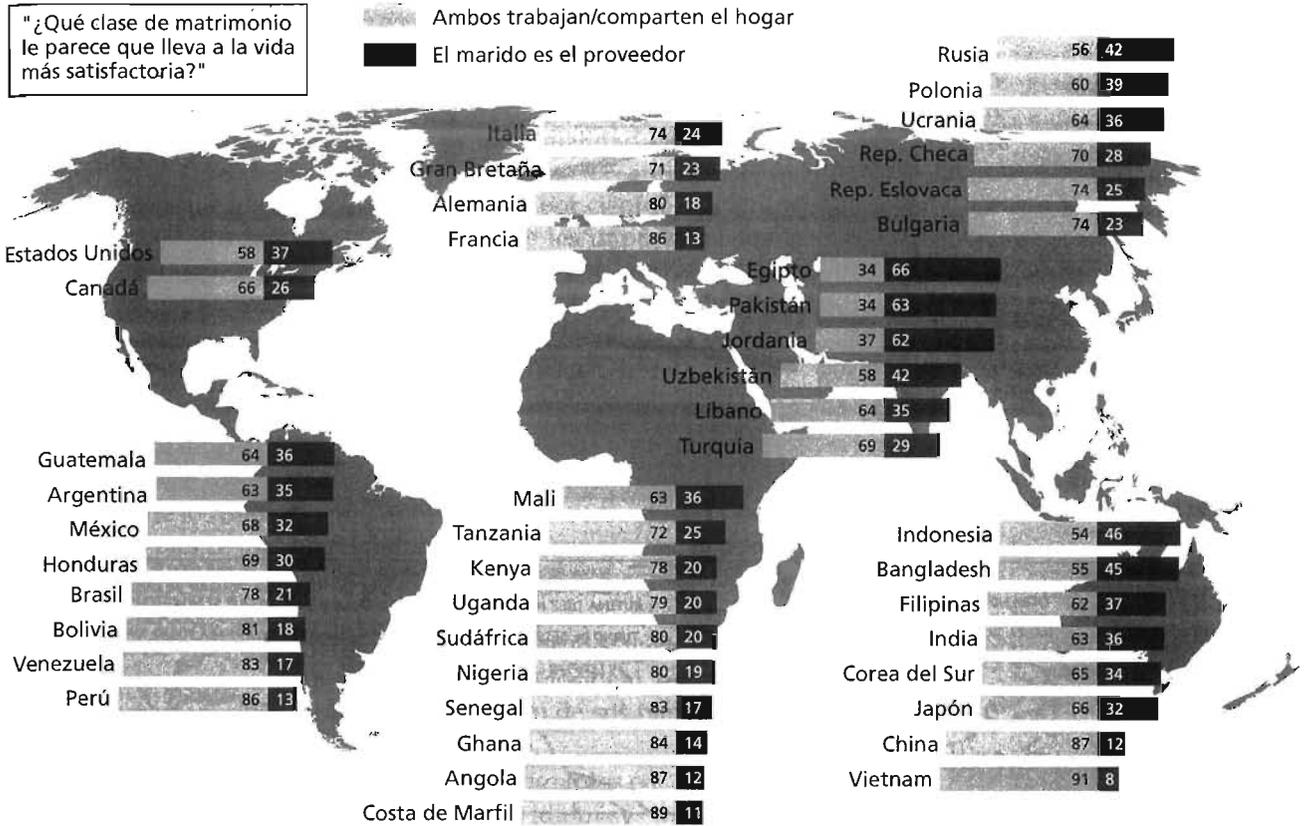


figura 5-5  
**Los papeles de género aprobados varían con la cultura.**

Fuente: Datos tomados de la Encuesta Mundial de Actitudes de 2003.

ses aprobaba "que una mujer casada ganara dinero en una empresa o industria si tenía un marido capaz de mantenerla". Para 1996, cuatro de cinco lo aceptaban (Niemi y otros, 1989; NORC, 1996). En 1967, 57 por ciento de universitarios estadounidenses de primer año pensaba que "las actividades de las casadas deben confinarse al hogar y la familia". En 2002, sólo 22 por ciento estuvo de acuerdo (Astin y otros, 1987; Sax y otros, 2002).

Estos cambios de actitud están acompañados por modificaciones conductuales. Entre 1960 y 1988 se duplicó la proporción de estadounidenses casadas de 40 años que trabajan: de 38 a 75 por ciento (Bureau of the Census, 1999). Una entrada semejante de las mujeres en la fuerza de trabajo ha ocurrido en Canadá, Australia y Gran Bretaña.

En 1965, nunca se había titulado una mujer en la Escuela de Negocios de Harvard. Al terminar el siglo xx, 30 por ciento de sus egresados eran de este género. De 1960 al final del siglo, como proporción de los egresados, las mujeres aumentaron su presencia de 6 a 43 por ciento en las escuelas estadounidenses de medicina, y de 3 a 45 por ciento en las de Derecho (Hunt, 2000). A mediados de la década de los sesenta, las casadas estadounidenses se dedicaban al hogar *siete horas* más que sus maridos; para mediados de los noventa, lo hacían dos horas menos (figura 5-6, véase pág. 198). Esta notable variación de los desempeños en las culturas, junto con el paso del tiempo, indica que la evolución y la biología no fijan tales funciones sexuales: la cultura también fabrica nuestros desempeños de género.

**CULTURA TRANSMITIDA POR LOS PARES**

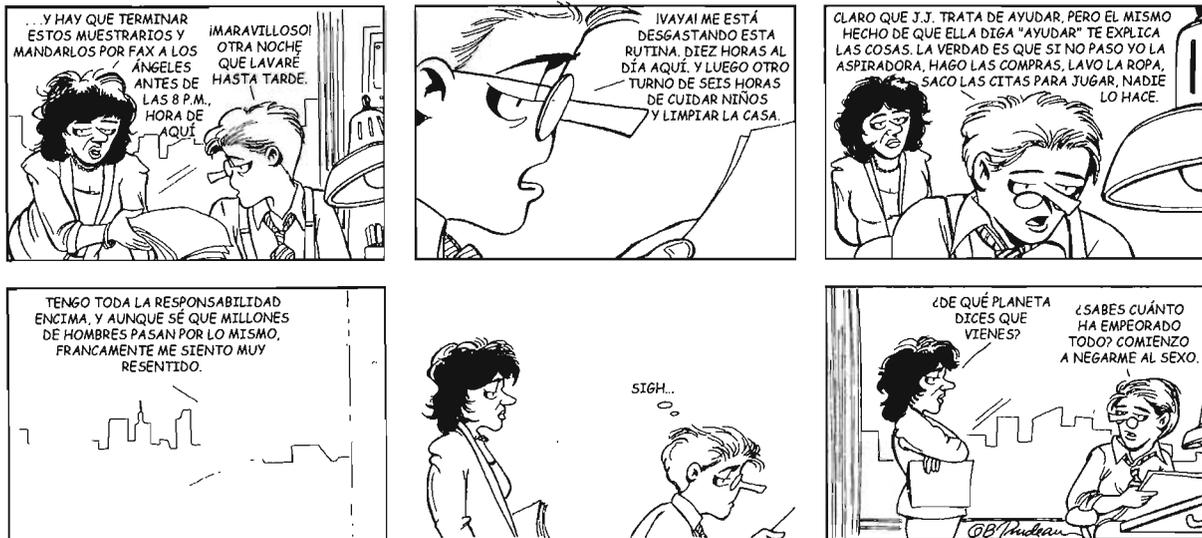
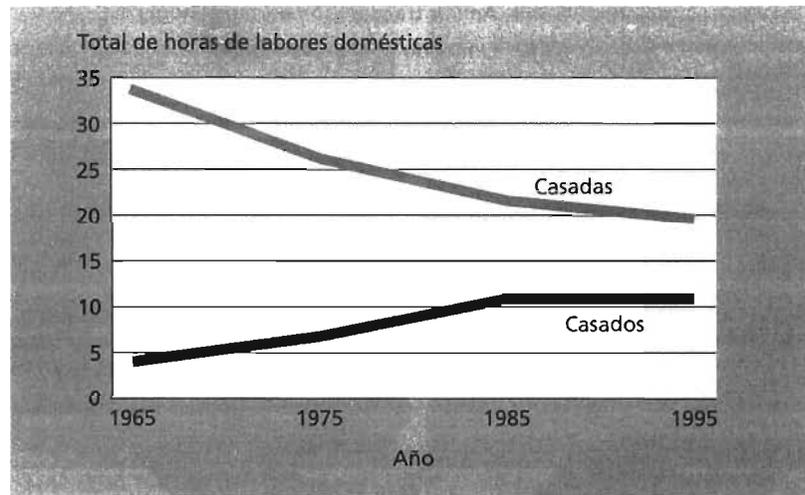
Las culturas, como los helados, vienen en muchos sabores. En Wall Street, los hombres usan trajes y las mujeres faldas y vestidos. En Escocia, muchos varones portan

Sondeos Gallup: "¿Es correcto que una chica llame por teléfono a un muchacho y lo invite a salir?"

Año	Porcentaje de "sí"
1950	29%
1999	70%

**figura 5-6**  
**¿Quién hace las labores domésticas?**

De 1965 a 1995, las mujeres dedicaron cada vez menos horas a las tareas domésticas y los hombres, más.  
 Fuente: Tomado de Bianchi y otros, 2000.



En las culturas occidentales los papeles de género cambian, pero no tanto.  
 DONNESBURY Copyright © G. B. Trudeau. Reimpreso con autorización de Universal Press Syndicate. Todos los derechos reservados.

faldas tableadas (*kilts*) como atuendo formal. En algunas culturas ecuatoriales (aunque no en todas), hombres y mujeres prácticamente no se ponen nada. ¿Cómo se conservan esas tradiciones al paso de las generaciones?

La noción prevaleciente es lo que Judith Rich Harris (1998) llama la suposición de la crianza: ésta, es decir la manera en que los padres educan a sus hijos, dictamina qué llegarán a ser. Aquí, los freudianos y los conductistas están de acuerdo (lo mismo que el sujeto que está frente a usted). La comparación de casos extremos entre niños amados y maltratados muestra que la educación de los padres sí importa. Además, efectivamente los pequeños asimilan en casa muchos de sus valores, incluidas sus tendencias políticas y creencias religiosas. Pero si la personalidad de los niños se moldea con el ejemplo de los padres y la crianza, entonces los que crecen en la misma familia deben ser notablemente parecidos, ¿verdad?

Esta suposición fue refutada por un resultado reciente, el más sorprendente, aceptado y excitante de la psicología del desarrollo. En palabras de Robert Plomin y Denise Daniels (1987), expertos en genética de la conducta, "dos niños de la misma familia

[son, en promedio] tan diferentes entre sí como pares de infantes elegidos al azar entre la población”.

Las pruebas de los estudios de gemelos y de hermanos biológicos y adoptados indican que las influencias genéticas explican aproximadamente 50 por ciento de las diferencias individuales en rasgos de personalidad. Las influencias ambientales compartidas (incluidas la del hogar) aclaran apenas entre 0 y 10 por ciento de las variaciones. ¿Qué explica, pues, el otro 40 o 50 por ciento? La *influencia de los pares*, asegura Harris. A los niños y los adolescentes les importa menos lo que piensen sus padres que lo que crean sus pares. Ellos aprenden sus juegos, sus gustos musicales, sus acentos y hasta sus palabrotas de sus semejantes. Visto en retrospectiva, esto es lógico. Con ellos juegan y, al final, con ellos van a trabajar y se van a casar. Consideremos los siguientes datos:

- Los niños en edad preescolar se niegan a probar cierto alimento, a pesar de las exhortaciones de sus padres, hasta que se sientan en una mesa con un grupo de niños a los que les gusta.
- Aunque los hijos de fumadores tienen una tasa elevada de tabaquismo, el efecto parece más bien mediado por los semejantes. Esos niños suelen tener amigos que ejemplifican el hábito de fumar, que manifiestan sus placeres al hacerlo y que ofrecen cigarrros.
- Hace 60 años, los miembros de las juventudes nazis provenían principalmente de hogares de clase media con apoyo emocional, observa David Rowe (1994). Se corrompieron no por mala educación de sus padres, sino por el “peso mayor” del cambio cultural en su entorno.
- Los hijos pequeños de familias de inmigrantes en culturas extrañas al crecer prefieren el idioma y las normas de la cultura de sus nuevos pares. Pueden “alternar el código” cuando vuelven a su hogar, pero su corazón y su cabeza están con el grupo de semejantes. Del mismo modo, los niños sordos de padres oyentes que van a escuelas especiales dejan la cultura de sus hogares y asimilan la de la sordera.

Por consiguiente, si dejamos a un grupo de niños con las mismas escuelas, vecindarios y pares, pero intercambiamos a los padres, —dice Harris (1996)—, llevando sus argumentos al límite, “se convertirán en la misma clase de adultos”. Resulta que la clase de adultos en que se transforman se parece, a menudo, a sus padres; pero la transmisión de la cultura es menos de un progenitor a su hijo —continúa la especialista— que del grupo de padres al grupo de hijos. Aquéllos determinan las escuelas de los vástagos los vecindarios y los pares, lo que a su vez influye en las probabilidades de los descendientes de volverse delincuentes o drogadictos o de embarazarse. Además, los hijos suelen tomar sus claves de niños ligeramente mayores, quienes las reciben de muchachos mayores, los cuales las obtienen de los jóvenes adultos de la generación de los padres.

Los vínculos de influencia del grupo de padres al grupo de hijos son vagos, y la transmisión de la cultura nunca es perfecta. Tanto en las culturas humanas como

*Esta foto de una boda escocesa ilustra una tradición cultural de atuendo que se ha mantenido al paso de muchas generaciones.*



en las de otros primates, el cambio procede de los jóvenes. Cuando un mono descubre una mejor manera de lavar la comida, o cuando una persona concibe una nueva idea sobre la moda o los papeles de género, la innovación suele venir de los jóvenes y la aceptan más fácilmente los adultos menos viejos. Así, las tradiciones culturales continúan, pero los contextos cambian.

## Resumen

Los desempeños más investigados, los de género, ilustran el efecto de la cultura. Éstos varían abruptamente de una cultura a otra y con el transcurso del

tiempo. Buena parte de la influencia de la cultura no se transmite directamente de los progenitores, sino a través de los pares.

## Conclusiones

*La biología y la cultura no se dan de forma aislada porque la segunda opera sobre lo que es dado biológicamente. ¿Cómo, pues, interactúan biología y cultura? ¿Cómo lo hace nuestra personalidad individual con nuestras situaciones?*

### BIOLOGÍA Y CULTURA

No tenemos que pensar que evolución y cultura sean competidoras. Las normas culturales afectan de manera sutil, pero poderosa, nuestras actitudes y comportamiento, pero no lo hacen independientemente de la biología. Todo lo social y lo psicológico es, en última instancia, biológico. Si las expectativas de los demás influyen en nosotros, eso es parte de nuestra programación biológica. Además, la cultura puede acentuar lo que la herencia biológica inicia. Si genes y hormonas predisponen a los hombres a ser físicamente más agresivos que las mujeres, la cultura amplía esta diferencia mediante normas por las que se espera que ellos sean recios y ellas el sexo amable y gentil.

Biología y cultura también **interactúan**. La ciencia genética actual explica cómo la experiencia se vale de los genes para modificar el cerebro (Quarts y Sejnowski, 2002). Los estímulos ambientales pueden activar genes que producen nuevos receptores neuronales. La experiencia visual pone en marcha genes que desarrollan la zona visual del cerebro. El tacto de los padres dinamiza genes que ayudan a las crías a enfrentar futuros acontecimientos estresantes. Los genes no sólo nos constriñen, sino que también responden de forma adaptativa a nuestras experiencias.

La biología y la experiencia interactúan de la misma manera como las características biológicas influyen en cómo reacciona el medio. La gente responde de forma diferenciada a un David Beckham que a un Woody Allen. De igual forma, los hombres, al ser 8 por ciento más altos y tener, en promedio, casi el doble de masa muscular, pueden tener experiencias diferentes a las de las mujeres. Considere también lo siguiente: una norma cultural muy firme dicta que los varones deben ser más altos que su mujer. En un estudio, sólo una de cada 720 parejas casadas infringía esta regla (Gillis y Avis, 1980). En retrospectiva, podemos especular sobre una explicación psicológica: quizá ser más alto (y de más edad) sirve para que los hombres perpetuen su poder social sobre las mujeres. Pero también podemos especular sobre la sabiduría evolutiva en que se funda la norma cultural: si las personas prefirieran cónyuges de la misma estatura, los hombres altos y las mujeres bajas se quedarían sin pareja. La evolución dicta que los varones sean más altos que las mujeres, y la cultura establece lo mismo para las parejas. Así, la regla de la estatura bien puede ser resultado de la biología y la cultura.

### interacción

*Situación en la que el efecto de un factor (como la biología) depende de otro (como el ambiente).*

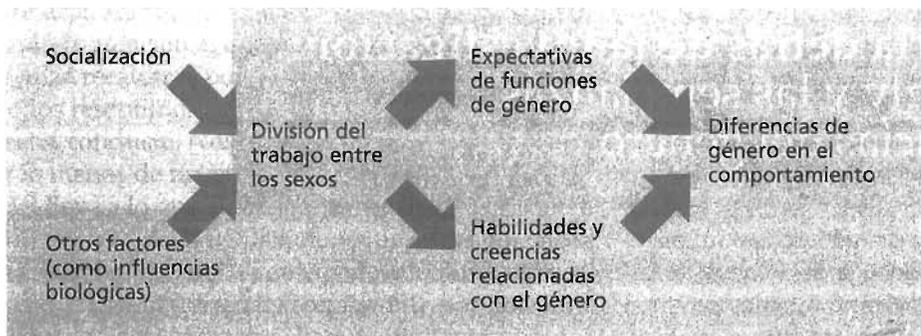


figura 5-7

### Teoría de los papeles de género en las diferencias de conducta social.

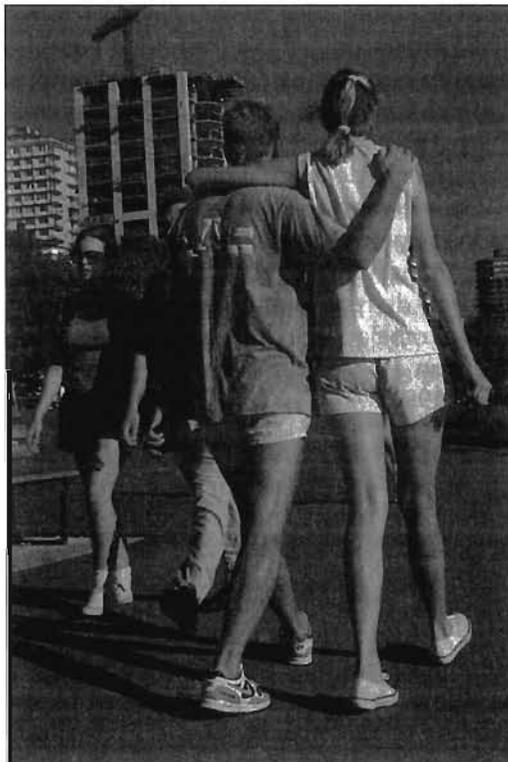
Varias influencias, incluidos experiencias y factores infantiles, inclinan a hombres y mujeres hacia desempeños diferentes. Las expectativas y las destrezas y creencias relacionadas con estos papeles afectan su comportamiento.

Fuente: Adaptado de Eagly, 1987, Eagly y Wood, 1991.

Alice Eagly y Wendy Wood (1999; Eagly, 1987) han teorizado sobre cómo se relacionan la biología y la cultura (figura 5-7). Piensan que diversos factores, entre ellos las influencias biológicas y la socialización infantil, predisponen una división sexual del trabajo. En la vida adulta, las causas inmediatas de las diferencias de género en el comportamiento social son *las funciones*, que reflejan esta división sexual del trabajo. Los hombres, por su fuerza y velocidad, tienden a encontrarse en papeles que exigen potencia física. La capacidad de las mujeres para criar y cuidar a sus hijos las inclina a los desempeños del cuidado. Cada sexo muestra las conductas esperadas de quienes representan esos papeles y, por consiguiente, adaptan sus habilidades y creencias. Naturaleza y crianza son una "red enmarañada".

Los análisis de quién hace qué en 185 sociedades revelan que los varones cazan piezas mayores y proveen la leña; las mujeres realizan alrededor de 90 por ciento de las labores de cocina y lavandería, y ambos, por igual, plantan, cosechan y ordeñan. A medida que la asignación de desempeños se vuelve más equitativa, Eagly predice que las diferencias de género "aminorarán gradualmente".

En efecto, observan Eagly y Wendy Wood (1999), en las culturas con mayor igualdad de funciones de género, es menor la diferencia en las preferencias de apareamiento (que los hombres busquen juventud y capacidades domésticas, y las mujeres estatus y potencial de ganancias). Del mismo modo, a medida que se ha incrementado el número de mujeres que se emplean en ocupaciones que eran masculinas, se ha reducido la disimilitud entre los sexos en cuanto a la masculinidad y femineidad declaradas (Twenge, 1997). A medida que ambos representan papeles más semejantes, decrecen las desigualdades psicológicas. Aunque la biología predispone a los hombres a las tareas fuertes y a las mujeres al cuidado infantil, Wood y Eagly (2002) concluyen que "el comportamiento de ambos es tan maleable que individuos de distinto sexo son totalmente capaces de desempeñar puestos en todos los ni-



Sólo muy ocasionalmente las parejas infringen la norma de que el hombre es más alto.



## La historia detrás de la investigación: Alice Eagly y las semejanzas y diferencias del género

Comencé mi trabajo acerca del género con un proyecto sobre la influencia social, a comienzos de la década de los años setenta. Como muchas activistas feministas de la época, primero supuse que, a pesar de los estereotipos culturales negativos sobre ellas, su conducta y la de los hombres era equivalente. Con los años, mis puntos de vista han evolucionado considerablemente. He descubierto que algunos comportamientos sociales de mujeres y hombres son diferentes, sobre todo en situaciones que tienen que ver con los papeles de género.

No hay que suponer que tales variaciones por fuerza van contra las mujeres. La tendencia de ellas a vincularse más con las preocupaciones de los demás y a tratar más democráticamente a los otros recibe evaluaciones favorables, y en muchas

situaciones son una ventaja. De hecho, en mi investigación sobre los estereotipos de género se muestra que, si tomamos en cuenta tanto las cualidades negativas como las positivas, en la actualidad el estereotipo femenino es más favorable que el masculino. Sin embargo, las cualidades de ser agradable y cariñosa, que son importantes en las expectativas de las mujeres, pueden reducir su poder y eficacia en situaciones que requieren un comportamiento asertivo y competitivo.

Alice Eagly,  
Universidad Northwestern.



veles de las organizaciones". Además de la menor importancia que se le da en nuestros días a la estatura y a la agresividad varoniles, la reducción en los índices de natalidad significa que ellas están menos constreñidas por el embarazo y la lactancia. El resultado final, cuando se combina con las leyes contra la discriminación y con las presiones competitivas por contratar a los mejores (cualquiera que sea su género), es el inevitable aumento de la igualdad sexual.

Los efectos de la biología y la socialización son importantes en tanto que influyen en los papeles sociales que representan las personas; éstos influyen en quiénes somos. Si los hombres son más asertivos y las mujeres más afectuosas, esto puede ser un *efecto* de representar funciones de poder en lugar de papeles de cuidador. Cuando los trabajadores (hombres o mujeres) dejan de hablar con sus supervisores y comienzan a hacerlo con sus supervisados, se vuelven más asertivos (Moskowitz y otros, 1994).

### EL PODER DE LA SITUACIÓN Y LA PERSONA

"Hay verdades triviales y grandes verdades —declaró el físico Niels Bohr—. Lo contrario de una verdad trivial es llanamente falso. Lo opuesto de una gran verdad también es verdadero." En cada capítulo de esta unidad, dedicada a la influencia de la sociedad, se enseña una gran verdad: la fuerza de la situación social. La gran verdad sobre la fuerza de las presiones externas explicaría a satisfacción nuestra conducta si fuésemos seres pasivos, como las briznas de yerba. Pero a diferencia de ellas, no somos llevados y traídos por el ambiente, sino que actuamos y reaccionamos. Respondemos y obtenemos respuestas. Podemos resistir una situación social y, a veces, hasta

*Alimento para la inteligencia: Si el aforismo de Bohr es una gran verdad, ¿cuál es su contrario?*

cambiarla. Así, cada uno de estos capítulos sobre la “influencia social” concluye llamando la atención al extremo contrario de esta gran verdad: la fuerza de la persona.

Quizá recalcar el poder de la cultura lo ha dejado con una sensación incómoda. Casi todos resentimos la menor sugerencia de que algunas fuerzas externas determinen nuestra conducta. Nos consideramos seres libres, creadores de nuestros actos (bueno, por lo menos de nuestras buenas acciones). Nos parece que creer en el determinismo social lleva a lo que el filósofo Jean-Paul Sartre llamaba “mala fe”: evadir la responsabilidad culpando a alguien o algo por nuestro destino.

En realidad, el control social (de la situación) y el personal (del individuo) no compiten más que las explicaciones biológicas y culturales. Tanto las aclaraciones sociales como personales de nuestro comportamiento social son válidas, porque en todo momento somos criaturas y creadores de nuestro mundo social. Bien podemos ser el resultado de las influencias recíprocas de nuestros genes y el entorno. Pero también es cierto que el futuro está por venir y que es nuestro trabajo decidir adónde se dirige. Las elecciones de hoy determinan el ambiente de mañana.

Desde luego, las situaciones sociales influyen profundamente en los individuos, pero éstos influyen también en aquéllas. Ambos *interactúan*. Preguntar si las circunstancias externas o las disposiciones internas (o la cultura, o la evolución) determinan el comportamiento es como inquirir si el largo o el ancho determina el área de un terreno.

La interacción se da en, por lo menos, tres modos (Snyder e Ickes, 1985). En primer lugar, una situación social dada *afecta de forma diversa a diferentes personas*. Como nuestra mente no ve la realidad de forma idéntica, respondemos a una situación al tiempo que la construimos; algunos individuos son más sensibles y reaccionan más a las situaciones sociales que otros (Snyder, 1983). Por ejemplo, los japoneses son más atentos a las expectativas sociales que los británicos (Argyle y otros, 1978).

En segundo lugar, la interacción entre personas y situaciones ocurre porque muchas veces ellas *escogen sus situaciones* (Ickes y otros, 1997). Dada la posibilidad de elegir, la gente sociable opta por circunstancias que incitan la interacción social. Cuando usted escogió su universidad, también eligió exponerse a un conjunto específico de influencias sociales. Es poco posible que ardientes políticos liberales se establezcan en el condado de Orange, en California, y que se unan a la Cámara de Comercio. Es más probable que vivan en San Francisco o en Toronto y que se afilien a Greenpeace (o que lean el *Manchester Guardian* y no el *Times* de Londres); en otras palabras, eligen un mundo social que refuerza sus inclinaciones.

En tercer lugar, la gente *crea sus situaciones*. Recuerde que nuestras concepciones previas pueden autorrealizarse: si esperamos que una persona sea extrovertida, hostil, femenina o sensual, nuestros actos hacia ella llegan a inducir la propia conducta que esperábamos. A final de cuentas, ¿qué conforma una situación social, sino las personas que se encuentran en ella? El ambiente social no es como el estado del tiempo, algo que nada más sucede. Es más como nuestra casa: es algo que hacemos para nosotros mismos.

Las explicaciones biológicas y culturales no tienen que ser contradictorias. Los factores biológicos operan en un contexto cultural, y la cultura parte de unos cimientos biológicos.

La gran verdad sobre el poder de la influencia social es la mitad de la verdad si se separa de su complemento: el poder de la persona. Gente y situaciones inter-

actúan, por lo menos, de tres modos. Primero, los individuos varían en su interpretación y reacción a las situaciones dadas. Segundo, escogen muchas de las situaciones que los influyen. Tercero, crean sus situaciones sociales. Así, la fuerza está en las personas y en las situaciones. Creamos y somos creados por nuestro mundo social.

“Las palabras de la verdad siempre son paradójicas.”

—Lao-Tse, *The Simple Way*.

## Resumen

## **B** *Post scriptum* personal: ¿Debemos vernos a nosotros mismos como resultados o como creadores de nuestro mundo social?

La causalidad recíproca entre situaciones y personas nos permite ver que la gente, a un tiempo, *reacciona y actúa sobre su entorno*. Cada punto de vista es correcto, puesto que somos resultado y arquitectos de nuestros mundos sociales. Sin embargo, ¿un punto de vista es más sensato que el otro? En cierto sentido, es prudente considerar-nos creaciones del ambiente (de otro modo, nos volvemos demasiado orgullosos de nuestros logros y nos culpamos excesivamente de nuestros problemas) y ver a los demás como agentes libres (para no resultar paternalistas ni manipuladores).

Pero quizá haríamos mejor en asumir el otro punto de vista: vernos como agentes libres y a los demás como sujetos de su entorno. Así nos consideraríamos eficaces y, en lo concerniente a los otros, buscaríamos la comprensión y las reformas sociales (si pensamos que ellos están influidos por sus situaciones, es más probable que sintamos empatía y no que juzguemos suficientemente su comportamiento desagradable como elecciones libres de personas “inmorales”, “sádicas” o “flojas”). Las religiones nos alientan a asumir la responsabilidad de nosotros mismos y a no juzgar a los otros. ¿Se debe a que nuestra inclinación natural es disculpar nuestras fallas y culpar al resto de la gente por las suyas?

“Si explicamos la pobreza o los trastornos emocionales, o los crímenes y la delincuencia, o el alcoholismo o, incluso, el desempleo como el resultado de defectos personales, internos, individuales [...] entonces no es mucho lo que podemos hacer a modo de prevención.”  
—George Albee, 1979.

### **¿Qué piensa usted?**

Lea la apostilla de George Albee. ¿Conoce a alguien que tenga los problemas mencionados en la cita? ¿En qué cree que consistiría su apoyo si usted pensara que el conflicto se debió a su incompetencia o a una negligencia evitable?

¿Qué diría si creyera que la situación es la causa del problema?

Ahora piense tres maneras en que interactúan gente y situaciones, y describa cómo se relacionó alguna de esas personas con su situación.



## La conexión social

El género y la cultura impregnan la psicología social. Por ejemplo, ¿la cultura predice cómo se conformará la gente (capítulo 6: Conformidad)? ¿Cómo varían las culturas en la manera de ver el amor? ¿Cómo perciben el amor los hombres y las mujeres (capítulo 11: Atracción e intimidad)?